ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL DINERO Y LA NOBLEZA.

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

DE

D. JOAQUIN GARCÍA PARREÑO.



MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

3

EL DINERO Y LA NOBLEZA.

EL DINERO Y LA NOBLEZA.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

POR

D. JOAQUIN GARCÍA PARREÑO.

Estrenada con éxito extraordinario en el GRAN TEATRO DEL LICEO de Barcelona y en el de ROMEA en las noches del 11 y del 25 de Noviembre de 1872.



BARCELONA.
IMPRENTA DE ESPASA HERMANOS Y SALVAT,
CALLE DE ROBADOR, NÚM. 39 Y 41.
1873.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA.	D.ª VIRGINIA PEREZ.
D. JUAN MANZANO.	D. JOAQUIN GARCÍA PARREÑO.
FERNANDO, *marqués de Mora*. . .	» VICENTE MIQUEL.
D. PEDRO LOPEZ.	» JAIME MARTÍ.
HECTOR, *vizconde de la Palma*. .	» BALDOMERO LLAVERÍA.
MR. WATEL, *cocinero*.	» JOSÉ MIÑANA.
UN PORTERO.	» JUAN CARULLA.
UN CRIADO.	» LUIS MUNT.
ACREDOR 1.º	» MEDIN SABATER.
ACREEDOR 2.º	» RICARDO RODÓ.
UNA DONCELLA.	

La accion en Madrid en 1870. Empieza á las once de la mañana, y acaba al dia siguiente á la misma hora.

AL SEÑOR

D. EMILIO MORENO CEBADA.

Suplico á usted se digne aceptar esta obra que le dedico, no por lo que vale, puesto que carece de todo mérito literario, sino como testimonio de la alta consideracion en que le tiene, y de la franca y leal amistad que le profesa su afectísimo y respetuoso amigo, S. S. Q. B. S. M.

Joaquin García Parreño.

ACTO PRIMERO.

Salon del dia, puertas laterales, balcones al foro que dan á un jardin.—Chimenea á la izquierda. Velador en el centro. Alfombra, cortinajes, etc.—Mucho lujo.

ESCENA PRIMERA.

CRIADO y HECTOR.

CRIADO. Repito á usted que el señor marqués no puede recibir; aun no se ha levantado.

HECTOR. Y son ya las once! El sol sale muy tarde durante la luna de miel. Y á qué hora se almuerza?

CRIADO. A la una. (Vaya una pregunta!)

HECTOR. Pondrá usted un cubierto más.

CRIADO. (Me gusta la franqueza! Este es algun petardista!) *(En tono de burla.)*

HECTOR. Es este el periódico de hoy? *(Que está sobre el velador.)*

CRIADO. Sí señor... 20 de Marzo...

HECTOR. Venga... leeremos. *(Va á tomarlo.)*

CRIADO. *(Impidiéndolo.)* Aun no lo ha leido el señor marqués... y...

HECTOR. Bien, si no quiere usted que lea el periódico, ya ve usted que no puedo esperar con los brazos cruzados... anúncieme usted..

CRIADO. Y quién digo? *(Con mal gesto.)*

HECTOR. El vizconde de la Palma.

CRIADO. (Un vizconde!) Voy al instante. *(Al dirigirse al gabinete ve venir al marqués.)* Ah! El señor marqués...

ESCENA II.

Los mismos, FERNANDO que sale del gabinete.

FERN. Quién?... Hector!... *(Reconociéndole.)* Cómo aquí? *(Abrazándole.)*

CRIADO. (He sido un animal!) *(Váse.)*

HECTOR. Querido Fernando! *(Abrazándole.)*

FERN. Mi buen Hector! Qué grata sorpresa!

HECTOR. No es menor la mia!

FERN. No podias llegar más á tiempo!

HECTOR. Por qué?

FERN. Lo sabrás. Pero, ante todo, dime, qué ha sido de tí? Yo te hacia en Paris!...

HECTOR. No; vengo de Africa, en cuyo ejército estoy sirviendo.

FERN. Tú, el príncipe de la elegante juventud parisiense, el ejemplo y perfecto modelo de los hijos pródigos de España!

HECTOR. Despues de tí!... Ambos, segun veo, hemos sentado plaza al mismo tiempo, tú en las banderas del amor, yo en las del ejército! y puedo asegurarte que profeso más cariño á mi regimiento que al tuyo. Sí, desde que estoy en campaña no he tenido un solo momento de mal humor.

FERN. Y qué grado tienes?

HECTOR. Soy sargento!

FERN. Sargento! *(Con extrañeza.)*

HECTOR. Sí. *(Con orgullo.)* Ascendido en el campo de batalla, batiéndome contra los árabes.

FERN. *(Con desden.)* Sargento! sargento es poco; si fueras al ménos oficial!...

HECTOR. Amigo mio, poco á poco; esos grados no se ganan con tanta facilidad; hoy... una cruz es mi única ambicion, y por obtenerla, daria la mitad de mi sangre! *(Con entusiasmo.)*

FERN. Te veo hecho un verdadero soldado!

HECTOR. Ah! sí, Fernando, tengo fe en mi carrera militar, y ella es la única que conviene á un noble arruinado, y puedes creer que si algun pesar tengo, es el no haberla emprendido ántes... No hay nada más eficaz ni más positivo para sacudir la ociosidad, que esta vida activa y llena de aventuras. Todo en ella tiene sus encantos, hasta la rigidez de su disciplina.

FERN. No participo de tu opinion, pero puesto que tú estás contento y te crees feliz... esto es lo esen-

cial. Y has venido á Madrid por mucho tiempo?

HECTOR. Por un mes. Tú no sabes cómo arreglo mi vida?

FERN. Cómo?

HECTOR. Es muy ingenioso! Antes de partir para alistarme en los regimientos franceses de Africa, donde tenia algunos jefes amigos, coloqué en casa de un banquero los restos de mi patrimonio: unos doce mil duros, cuyos intereses me proporcionan todos los años el poder disfrutar treinta dias de mi antigua existencia, de manera que tengo doce mil reales de renta, durante un mes del año, y seis *sous* diarios en los once meses restantes. He escogido la temporada de carnaval para mis prodigalidades, obtuve mi licencia temporal., salí de Orán, y en vez de dirigirme á Paris, donde hace algunos años tenia fijada mi residencia, dije, á España, á Madrid. Desembarqué en Valencia, tomé el tren, llego aquí, y mi primera visita es para tí.

FERN. Y no sabes cuánto te la agradezco! Supongo que te vendrás á vivir conmigo?

HECTOR. Oh! yo no quiero molestarte!

FERN. Tú no molestas nunca; precisamente tenemos desocupado un pequeño pabellon, en el fondo del jardin...

HECTOR. Mira, con franqueza, no es á tí á quien temo incomodar... pero tú vives en familia... tu esposa... su padre... y no quisiera...

FERN. Ah! ah!... tú te figuras que porque me he casado con la hija de un antiguo y rico comerciante de telas, ya mi casa se ha convertido en el templo del recogimiento, que mi mujer ha traido con sus pañuelos de Cachemir ó de Nipis una horda feroz de virtudes... *bourgeoises*, y que sólo falta escribir sobre mi puerta: «Aquí yace Fernando de Mora, marqués de Mora.» Pues te equivocas; soy el mismo que ántes era, yo sostengo un tren de príncipe, doy bailes, teés, banquetes; mi cocinero es uno de los primeros de Paris, ha servido en la embajada de Rusia... y á propósito, hoy comerás conmigo, reuniré á todos mis amigos, que lo serán tuyos; verás cómo los trato: nada, Hector, el matrimonio no ha suprimido ninguna de mis antiguas costumbres, ninguna... incluso las de tener acreedores, muchos acreedores...

HECTOR. Es decir, que tanto tu esposa como tu suegro, te dejan en libertad completa?

FERN. Completísima... Mi esposa es una especie de pensionista, muy bonita, muy modesta, algo tímida,

que no sabe todavía darse cuenta de lo que le sucede en su nuevo cambio de estado y de vida. La pobre, estoy seguro que pasa la mitad del dia en contemplar al espejo qué cara tiene la marquesa de Mora. En cuanto á mi padre político el señor *Manzano*, es digno de su apellido. En fin, he hecho lo que se llama un magnífico matrimonio!

HECTOR. Pero este casamiento morganático, en tí, tendrá su explicacion? De otro modo no comprendo...

FERN. Tú juzgarás. Ya sabes cuál era mi posicion; huérfano á los quince años, dueño de mi fortuna á los veinte, en poco tiempo derroché más de la mitad de mi patrimonio, y con la esperanza de heredar á mi único y poderoso tio, no vacilé en formar con lo que quedaba de mi herencia un capital de deudas, digno del sobrino de un tio millonario. Pero... amigo mio... eché la cuenta sin la huéspeda .. porque á mi septuagenario tio se le ocurrió la idea de casarse y de tener hijos; y yo, que no habia contado con los tales primos, me quedé casi arruinado y poco ménos que en la calle.

HECTOR. Pasaste al estado de sobrino honorario? *(Riendo.)*

FERN. Entónces, me decidí á sentar plaza en el cuerpo activo de los yernos, y el cielo puso en mitad de mi camino al señor Manzano.

HECTOR. Y cómo tuviste ese encuentro?

FERN. *Estaba escrito!* El señor Manzano deseaba colocar sus fondos, y yo, buscaba un prestamista... Era un juego de azar el encontrarnos; pero... nos encontramos. Yo temí no poder ofrecerle bastantes garantías, pero él vió las suficientes en mi título para llenar sus aspiraciones y se decidió á aceptarme por yerno. Me enteré de su moralidad. me aseguré de que su fortuna habia sido honrosamente adquirida, y no vacilé, tampoco por mi parte, en aceptar la mano de su hija única.

HECTOR. Mediando tales circunstancias...

FERN. Mi señor suegro poseia un capital de cuatro millones! ya conoces que cuatro millones en estos tiempos no deben desperdiciarse! Ya no tiene más que tres.

HECTOR. Cómo así?

FERN. Tú verás. Él se comprometió á pagar todas mis deudas... y...

HECTOR. Basta: no digas más. Y despues?

FERN. Despues... no ha querido separarse de su hija, y nos lo costea todo en su propia casa; así es, que habitacion, muebles, alimentos, criados, carruajes, teatros. todo corre de su cuenta... de manera

que nos quedan á mi mujer y á mí, para gastos de... conservacion... como si dijéramos, unos cien mil reales libres.

HECTOR. No hay más que pedir.

FERN. Hay más.

HECTOR. Queda algo todavía?

FERN. Mi suegro, secretamente, ha desempeñado el palacio de Mora que yo tenia en poder de los *ingleses:* y estoy esperando que el dia ménos pensado, me encontraré los títulos de propiedad debajo de mi servilleta, á la hora del almuerzo.

HECTOR. Chico, tienes un suegro, como habrá pocos.

FERN. Oye.

HECTOR. Más?

FERN. Sí. El dia de nuestra boda, despues de haber firmado el contrato, se acercó á mí, y cogiéndome las manos, con palabras afectuosas se deshizo en excusas, por si en algo podia haberme faltado...

HECTOR. Debes erigirle una estatua.

FERN. No me causa la menor molestia, pasa el dia en su habitacion, se acuesta á la hora de las gallinas, y se levanta á la de los gallos: arregla las cuentas, cuida de todo, dispone que se ejecuten mis menores caprichos, se adelanta á todos mis deseos... es en fin, un administrador, que difícilmente podria reemplazarlo.

HECTOR. Decididamente eres el más afortunado de los mortales.

FERN. Y tú supondrás que á los ojos del mundo, este matrimonio me ha rebajado? me ha hecho perder mi antigua posicion? no, nada de eso. Yo soy todavía quien da la moda. El bello sexo me ha perdonado, y mi papel está en alza, y por eso te dije ántes, que no podias haber llegado á mejor tiempo.

HECTOR. Por qué?

FERN. Aun no me has entendido? Tú, que eres mi testigo natural, mi segundo obligado en todos mis lances de honor...

HECTOR. Un duelo!

FERN. Sí, querido Hector, un duelo, como en mis buenos tiempos. Conque ya ves que no ha muerto el marqués de Mora?

HECTOR. Y con quién te bates? Y por qué?

FERN. Con el baron del Prado... y por una cuestion de juego.

HECTOR. Si solo es por una cuestion de juego... puede arreglarse.

FERN. Y ha sido en el ejército donde has aprendido á arreglar los lances de honor?

HECTOR. Tú lo has dicho; en el ejército, porque allí se aprende á no prodigar inútilmente la sangre, y á dar su verdadera importancia á un lance de honor, y no creo que me convencerás de que este puede perderse, por una insignificante y mezquina cuestion de juego.

FERN. Y si esta cuestion de juego no hubiese sido más que un pretexto? y si detrás de esa cuestion hubiese...

HECTOR. Una mujer?

FERN. Sí, una mujer.

HECTOR. Una intriga amorosa! recien casado! no lo apruebo.

FERN. Qué quieres?... Una pasion de hace un año, que yo creia extinguida, muerta, y la que despues de mi matrimonio... ha vuelto á renacer...

HECTOR. Y podré saber quién te la inspira?

FERN. Yo no tengo para tí secretos... Es la condesa del Lago,

HECTOR. Te felicito por la conquista, pero esto es muy grave. Yo tuve algun tiempo la idea de enamorarla, pero desistí ante los peligros de tal coalicion; peligros que á la verdad, no tenian nada de caballerescos. Tú sabrás que la condesa no tiene bienes propios, que era pobre...

FERN. Sé que su porvenir depende únicamente de la fortuna que la puede dejar su anciano esposo, y que este la abandonaria y desheredaria, en el instante en que descubriese una infidelidad por parte de ella. Todo lo sé.

HECTOR. Y sabiéndolo, te has dejado coger en ese lazo?

FERN. Un resto de cariño... el amor propio ofendido... el placer de pisotear el orgullo de un necio baron que la pretende, y á quien detesto.

HECTOR. Así le honras, comprometiendo á ella, y comprometiéndote tú.

FERN. No puedo remediarlo, es un ente que me crispa los nervios.

HECTOR. Y te ha mandado ya los padrinos?

FERN. Los estoy esperando. Tú lo serás mio?

HECTOR. Convenido.

FERN. Y te quedarás en casa? no es así?

HECTOR. Bien, como quieras, me quedaré.

FERN. Alguien se acerca... Es mi suegro... voy á presentarte, viene acompañado de su antiguo é inseparable amigo y conocido, el padrino de mi mujer.

ESCENA III.

Los mismos, MANZANO y D. PEDRO.

MANZ. Señores... (*Saludando.*)

FERN. Muy buenos dias, señor don Juan... señor de Lopez, muy buenos dias.

PEDRO. Servidor...

FERN. (*A Hector.*) Tengo el gusto de presentarte al señor don Pedro Lopez, comerciante, padrino de mi esposa, y uno de mis mejores amigos. (*Presentando al señor Manzano.*) Mi respetable padre político el señor don Juan Manzano... (*Presentando á Hector.*) El vizconde de la Palma, mi antiguo condiscípulo, y hoy...

HECTOR. Sargento de cazadores de Africa.

PEDRO. (Este ha hecho la carrera por intriga.) (*Mofándose para sí.*)

MANZ. Tengo el honor, señor vizconde...

FERN. Y nos dispensa más honor del que podíamos esperar, porque el señor vizconde ha tenido á bien aceptar la hospitalidad que yo le he ofrecido en esta casa.

PEDRO. (Un raton más para roer el queso.)

HECTOR. (*Al señor Manzano.*) Yo espero que usted me dispensará, el que haya aceptado con tanta ligereza, y sin esperar la consulta, un ofrecimiento, que sólo la antigua amistad con Fernando puede disculpar...

MANZ. Caballero... El marqués, mi yerno... no tiene necesidad alguna de consultarme para instalar... digo admitir, en esta casa, que es la suya, á sus amigos, y los amigos de mi yerno... son nuestros amigos.

FERN. Muy bien, señor Manzano, muy bien. Hector ocupará el pabellon del jardin. Está dispuesto?

MANZ. Yo me encargo de que lo esté.

HECTOR. Tanta amabilidad me confunde.

FERN. Nada de eso... El señor don Juan se tendrá por dichoso.

MANZ. Muy dichoso, ya lo creo.

FERN. Pondremos á su disposicion la berlina azul?

MANZ. La que yo me sirvo diariamente.

HECTOR. Ah, entónces, yo no puedo permitir...

MANZ. Cá, si yo tengo carruajes de plaza en esta misma calle.

PEDRO. (Calzonazos.) (*Para él.*)

FERN. (*A Hector.*) Pues miéntras todo se dispone, voy á enseñarte mis caballerizas... Ayer he recibido un magnífico potro árabe que quiero que veas, y me des tu voto, como inteligente... Ea, vienes?

HECTOR. (*Al señor Manzano.*) Con su permiso de usted... Fernando está impaciente por hacerme ver su lujo, y yo que le conozco, veo en esta impaciencia, el deseo que tiene de hablarme de usted, de su amabilidad...

MANZ. El señor vizconde comprende toda la delicadeza de mi yerno... y... (*Esforzándose por estar fino y atento.*)

FERN. (*Bajo á Hector.*) (Vas á echar á perder á mi suegro, lo vas á civilizar!) (*Alto.*) Querido papá político, usted sabe que tengo para mañana dispuesta una gran comida; espero que nos dará usted el placer de estar entre nosotros.

MANZ. No me es posible... he prometido que iria á comer á casa de Pedro... y... (*Excusándose.*)

FERN. Señor don Pedro, noto con gran sentimiento, que siempre que tenemos en casa convidados, usted nos roba la presencia de mi querido papá político.

PEDRO. Yo... no...

MANZ. (Hablador! Dí, que sí.) (*Tirando un pellizco á don Pedro.*)

PEDRO. Digo, sí...

MANZ. La verdad es, que en casa de Pedro estoy más á mis anchas; desengáñense ustedes, la presencia de los viejos, pone de mal humor á los jóvenes.

FERN. La presencia de usted siempre infunde alegría: pero tampoco quiero privarle de sus gustos, y le dejo en completa libertad. Hasta más tarde!... Vamos Hector... (*Váse con Hector.*)

MANZ. Me iré á comer contigo. No me gustan los cumpli mientos. (*A don Pedro.*)

ESCENA IV.

MANZANO y D. PEDRO.

PEDRO. Encuentro á tu yerno, muy... chancero contigo... Y eso que me habias dicho que sabias hacerte respetar.

MANZ. Y me respeta, pero yo prefiero más, ser querido que temido.

PEDRO. Pues estos no han sido nunca tus principios, pero tienes la ventaja de que tu yerno guarda contigo

ciertas consideraciones, ciertas atenciones de familia, que no tiene con los demás de la casa... y esto siempre es algo!

MANZ. Ya lo creo que lo es, y mucho!

PEDRO. Y tanto! (*En tono de burla.*)

MANZ. Mira, Pedro, en lugar de venirme con sermones!... cuida tus negocios, y déjame vivir á mi manera, yo estoy muy satisfecho.

PEDRO. Ya lo creo! Tener por yerno á un marqués... amigo, eso no se encuentra con tanta facilidad! (*Mofándose.*)

MANZ. Crees que su título me ciega? Yo siempre he tenido ideas más democráticas que tú, lo sabes muy bien, y las tengo aun. Yo me rio de la nobleza! El talento y la virtud, son las solas distinciones sociales que yo reconozco, y ante las cuales me inclino.

PEDRO. Entónces tu yerno debe ser muy virtuoso... cuando tanto te prosternas á él!

MANZ. Tratas de incomodarme! No creo que tú quieras exigir que yo le eche en cara que todo me lo debe á mí?

PEDRO. El resultado es, que él manda en tu casa, y tú no: que él se aprovecha de tu condescendencia, derrochándolo todo y agotando el fruto de tus economías. Mira, Juan, ya sabes que yo nunca he aprobado este casamiento, yo hubiera deseado más, que mi ahijada se hubiese casado con un jóven de nuestra clase, que con un título; pero tú nunca has querido escucharme...

MANZ. Escucharte!... pues no hubiera faltado otra cosa!

PEDRO. Y por qué?

MANZ. Mira, Pedro, tú eres un hombre de buen corazon, de buenos sentimientos... pero tienes ciertas opiniones particulares... y... en materia de sentido comun, ya sabes que te llevo ventaja.

PEDRO. Si el sentido comun es saber hacer dinero, no te replico. Es una gran verdad; porque miéntras que tú has sabido ganar cuatro millones, yo apénas he podido reunir sesenta mil reales de renta.

MANZ. Y aun eso, gracias á mí.

PEDRO. Es cierto... Esa fortuna la debo á tí, y es para tí, porque ella irá á parar á mi ahijada cuando tu yerno te haya arruinado: yo no tengo familia...

MANZ. Cuando mi yerno me haya arruinado?

PEDRO. Sí... que lo hará en ménos de seis años.

MANZ. Ah, vamos, tú estás loco!

PEDRO. Sí, loco! Del modo que derrocha el dinero, tú conoces muy bien que no puede durar mucho tiempo.

MANZ. Bien, bien, esa es cuenta mia.

PEDRO. Mira, si se tratase solamente de tí, yo te aseguro que no desplegaria mis labios.

MANZ. Ola! Es decir que mi ruina te seria indiferente? Eres un ingrato! un mal amigo...

PEDRO. Hombre veo que te permites conmigo las familiaridades de tu yerno!... Decia que si se tratase de tí solamente, tomaria tu mal con paciencia, pero que tratándose de tu hija, á la que me une un parentesco espiritual...

MANZ. Y por cierto que lo acerté al darte ese derecho sobre ella! *(Como burlándose.)*

PEDRO. Y podias haber escogido á otro que la quisiese más que yo?

MANZ. Eso, no. Demasiado lo sé... y ella tambien está persuadida de ello, y por eso abusa...

PEDRO. Y esto te disgusta?

MANZ. Y crees tú que puede serme grato, verme suplantado, por un extraño, en el corazon de mi hija?

PEDRO. Tú si que eres extraño, y hasta extravagante! Ella tiene para tí todo su cariño... todo...

MANZ. Eso no es verdad. Sólo para tí tiene franqueza, secretos, confianzas.

PEDRO. Eso consiste en que yo no la inspiro miedo! Cómo quieres que tenga contigo confianza, al mirarte esa cara de erizo que siempre tienes?

MANZ. Es muy fácil hacerse querer de las jóvenes, en accediendo á todos sus caprichos y á todas sus exigencias!...

PEDRO. Poco á poco: cuando se ha tratado de los verdaderos intereses de tu hija, sus caprichos no han encontrado otra resistencia que la mia. Quién la ha contrariado más que yo, cuando se hablaba de este casamiento, que digas tú lo que quieras, la hará desgraciada? Sólo yo. Tú qué hacias? apoyarlo.

MANZ. Ella amaba al marqués, y... en fin, no tengo ganas de disputar... déjame leer el periódico. *(Se sienta en el sillon á leer.)*

PEDRO. Tú quieres suponer que ella tenia interesado el corazon? Tú, se lo hiciste interesar, tú atrajiste al marqués hácia tu hija...

MANZ. *(Levantándose incómodo.)* Otro nuevo!... Beltran, el antiguo fabricante... nombrado... nada ménos que Senador!... has visto?

PEDRO. Y á mí que me importa?

MANZ. Cómo que te importa!... pues debe importarte. Te es indiferente el ver que uno de nuestra clase, alcanza que el gobierno, honrando la industria.

llame á su lado, á sus naturales representantes? No es esto importante?... Un país, y una época donde el trabajo abre para todo sus puertas? Tú que puedes mañana aspirar á esa dignidad, tú dices: qué me importa?

PEDRO. Dios me libre de llegar á tal dignidad y Dios libre sobre todo á mi país!

MANZ. Y por qué? no ha llegado Beltran?

PEDRO. Beltran, no es sólo un industrial, es un hombre de mérito, de talento!... El padre de Molière fue tapicero, y sin embargo, esta no es una razon para que todos los hijos de tapiceros se crean que han de ser poetas.

MANZ. Lo que yo te digo, que el comercio, es la verdadera escuela de los hombres de Estado. Quién se atreve á poner la mano en el timon, sino aquel que ya ha probado que sabe manejar su lancha?

PEDRO. Una lancha no es un navío; un batelero, no es un piloto; y la nacion no es una casa de comercio. Se me llevan los demonios cuando veo esa... hidrofobia de destinos, cuando hoy la política no es otra cosa que el pasatiempo de los ociosos, ó el negocio de los perdidos. En lugar de soñar en gobernar un país, gobierna tu casa... si así lo hicierais, no casariais á vuestras hijas con marqueses arruinados, que creen haceros todavía un honor en que les pagueis sus deudas, en cambio de sus manchados pergaminos.

MANZ. Hombre! eso es insultarme!

PEDRO. No, no es ese mi ánimo.

MANZ. En fin, á palabras necias, etcetera.

ESCENA V.

Los mismos, ELISA.

ELISA. *(Por la izquierda.)* Buenos dias, papá; buenos dias, padrino. Viene usted á almorzar con nosotros? Que amable es usted!

MANZ. Si por eso él es amable, qué seré yo, que he sido quien le ha invitado á quedarse?

ELISA. Usted, papá, es el más cariñoso de todos, el más bueno de los padres.

MANZ. De manera que sólo soy cariñoso cuando convido á tu padrino?

ELISA. No, papá, siempre!... Y Fernando donde está?

MANZ. *(Con enfado.)* Donde quieres que esté? En la caballeriza enseñando los trenes á un amigo.

ELISA. Y usted reprueba ese gusto? Sienta muy bien á un jóven, la aficion á los caballos y á las armas.

MANZ. No digo que no, pero yo quisiera que tuviese aficion á otras cosas de más provecho.

ELISA. Es amante de las artes, de la pintura, de la poesía, de la música...

MANZ. Pst... esas son las artes agradables.

PEDRO. No, que gustaria de las desagradables! *(Mofándose.)*

MANZ. Eso es, ponte de su parte delante de mi hija! Hipócrita! *(A Elisa.)* Mira, hace un instante, me decia que tu esposo me está arruinando! Lo decias? niégalo.

PEDRO. Sí, lo decia; pero eso tiene remedio, en cerrándole la bolsa...

MANZ. Es más sencillo, convencerle á que se dedique, á que se ocupe en algo, á que trabaje, y así...

PEDRO. Ya se ocupa... en gastar... tu dinero.

MANZ. Yo quiero decir, que tenga una ocupacion lucrativa.

ELISA. Una ocupacion! Segun la que sea... Yo no creo que esté en el caso de ponerse á vender telas de hilo... ó franelas...

MANZ. Yo no digo eso, yo no pido que venda telas, pero sí, que busque una colocacion conforme á su rango... una embajada, por ejemplo...

PEDRO. Una embajada! Tú crees que eso se encuentra al volver de la esquina!

MANZ. Cuando se lleva un título como el de marqués de Mora, se puede *aspirar* á todo.

ELISA. Por esta misma razon no debe *pretender* nada.

PEDRO. Es un partidario decidido de la *pereza*. Ademas, crees tú, que él renunciará á sus tradiciones de familia?

MANZ. Tú no conoces á mi yerno; yo he estudiado á fondo su carácter ántes de darle mi hija.

PEDRO. No hiciste en eso más que cumplir con tu deber de padre, y á pesar de ello, bien poco te ha servido.

MANZ. Qué... majadero eres! si yo desde el primer dia le hubiese trazado un rígido plan de vida, naturalmente, se habria resistido. No se obtienen concesiones por la fuerza, sino por medios dulces, por una obediencia lenta é insensible.

PEDRO. Comprendo, tú has querido cebar la carne, para despues comértela.

MANZ. Esa es la cuenta. Despues de tres meses de matrimonio, ya casi le tengo á punto de caramelo, y durante la luna de miel, tú, hija mia, debes empezar á exigirle... á hacerle entender que . .

ELISA. Yo, papá?
MANZ. Tú.
ELISA. Me volveria la espalda, y no me haria caso.
MANZ. Pues qué, te vuelve la espalda cuando tú le hablas?
ELISA. No... pero... *(Sin saber qué responder.)*
PEDRO. Bajas los ojos!... Se me figura que tu marido te trata con alguna indiferencia...
MANZ. Contesta, hija mia. Será, acaso, que no te ama?
ELISA. *(Turbada.)* Yo no he dicho eso!...
MANZ. Pues bien, qué es lo que has querido decir con tus vacilaciones?
ELISA. *(Más turbada.)* Nada, que...
PEDRO. Vamos á ver, hija mia, explícate con franqueza, cuéntaselo todo á tu viejo amigo; nosotros sólo estamos en el mundo para velar por tu felicidad. A quién podrás confiar tus penas, si las ocultas á tu padre y á tu padrino? Vamos, dime con franqueza, tú tienes disgustos?
ELISA. No tengo motivo para tenerlos, mi esposo es amable, bueno...
MANZ. Entónces, tiene razon... no hay motivo.
PEDRO. Eso no basta. Bueno, amable, pero qué te trata con indiferencia?
ELISA. Yo soy algo tímida para con él, no me atrevo á abrirle mi alma ni mi corazon, estoy creida que él me toma por una pensionista que ha querido ser marquesa... y esto me...
MANZ. Imbécil!... pues si esto fuese cierto... yo le aseguro!... *(Colérico.)*
PEDRO. *(A Manzano.)* Cállate. *(A Elisa.)* Pero, por qué no te decides á hablarle?
ELISA. Lo he intentado muchas veces, pero el tono de su primera contestacion, me desconcierta y no me atrevo á continuar; hay ciertas confianzas que se necesita para poder hacerlas verse animada, y...
PEDRO. Eso quiere decir que le fastidias?
MANZ. Tú fastidias á tu marido? *(Furioso.)*
ELISA. Ah!... mucho lo temo. *(Casi llorando.)*
MANZ. Por vida mia! No eres tú quien le fastidia, su ociosidad. El cariño del matrimonio se gasta, cuando no se tiene otra ocupacion que la de amar.
ELISA. Es posible!
MANZ. Yo creo que el amor se gasta muy aprisa, y que es preciso administrarlo como la renta, con economía, ó como la homeopatía, por globulillos.
PEDRO. Creo que dices bien.
MANZ. Tambien es preciso que la mujer sepa ser dulce, amable, condescendiente...

PEDRO. Una mujer debe ser la *preocupacion* y no la *ocupacion* de su marido.
MANZ. Eso es verdad. Por qué he querido yo tanto á tu madre? Porque nunca tenia tiempo para pensar en ella.
PEDRO. Tu marido tiene veinticuatro horas al dia, *libres*, para amarte... y esto...
MANZ. Esto es demasiado tiempo.
ELISA. Demasiado?
MANZ. Nada; es indispensable que busque un empleo, y y las cosas volverán á su debido órden.
ELISA. Qué opina usted, padrino? *(A D. Pedro.)*
PEDRO. Que es muy posible; pero la dificultad estará en hacerle consentir
MANZ. Yo lo pondré en ejecucion... apoyadme los dos... y en cuanto le vea...
PEDRO. Precisamente oigo su voz... Estás dispuesto á abordar la cuestion en seguida?
MANZ. No, despues de almorzar. Tengo observado que mi yerno tiene la digestion alegre, y entónces...

ESCENA VI.

Los mismos, FERNANDO y HECTOR.

FERN. *(Presentando á Hector á su esposa.)* Mi querida Elisa, te presento á mi íntimo amigo Hector de la Palma, que no es para tí un desconocido.
ELISA. En efecto, caballero, Fernando me ha hablado tantas veces de usted, y con tal deferencia, que no dudo en ofrecer mi amistad al mejor de los amigos de mi esposo.
HECTOR. No se equivoca usted. señora, y aprovecho esta ocasion para ofrecer á usted mis sinceros respetos. (Tienes una mujer preciosa!) *(A Fernando bajo.)*
FERN. (Pst! no es fea!) *(Bajo á Hector.)* Tengo una grata nueva que annunciarte, *(A Elisa.)* querida Elisa. Hector me ha ofrecido pasar con nosotros todo el tiempo de su licencia.
ELISA. Yo deseo que esa licencia, se prolongue por mucho tiempo.
HECTOR. Sólo es para un mes, y pasado este, regreso á Africa á incorporarme á mi regimiento.
MANZ. Usted está dando un noble ejemplo á la juventud aristocrática. porque no ha considerado la ociosi-

dad como una herencia de familia. (A tí te lo digo, suegro... entiéndelo tú, mi yerno.)

CRIADO. (*Que sale con un cuadro.*) Acaban de traer este cuadro para el señor marqués.

FERN. Ponlo sobre aquella silla, delante del balcon .. allí... está bien... vete... (*El criado coloca el cuadro y cuando lo dice el verso se retira por el foro.*)

HECTOR. Precioso cuadro! magnífico efecto!... muy buenas tintas!... que frescura, que tranquilidad respira el paisaje. (*Á Elisa.*)

ELISA. En efecto... todo él inspira calma, recogimiento! Cuánto me alegraria de visitar los sitios que representa este cuadro!

MANZ. Senador del reino!! (*Manzano, maquinalmente coge el periódico y al ver ante sus ojos el párrafo que habia leido ya, le dice á don Pedro, presentándole el renglon.*) Un Beltran!...

PEDRO. Aun piensas en eso?

FERN. Mira este efecto de luz cortada, entre los tonos anaranjados del horizonte! está admirablemente tocado!

HECTOR. Y este primer término!

MANZ. Vamos á ver ese cuadro... (*Acercándose él y don Pedro.*) Y bien, qué representa?

FERN. Este paisaje representa la caida de la tarde en un valle de la Suiza.

MANZ. (*Despues de examinarlo detenidamente.*) Pues yo no le encuentro nada de particular... mucho verde... el cielo color de naranja... Yo si que tengo en mi escritorio un grabado que figura un perro nadando, en busca de un sombrero!... aquello es bueno!... aquel perro!... está hablando!... aquel sombrero... se puede coger.

FERN. (*Burlándose.*) Y el perro no ladra?

PEDRO. Lo ves como se burla de tí? (*Ap. á Manzano*)

MANZ. Déjame hacer, ya me llegará el turno. (*Bajo á don Pedro.*)

HECTOR. De quién es el paisaje?

FERN. De un pobre diablo, lleno de talento, pero que no tiene un cuarto.

MANZ. (*A Fernando.*) Y cuánto ha pagado usted por ese cuadro?

FERN. Dos mil reales! (*Con indiferencia.*)

MANZ. Dos mil reales! por un cuadro de un desconocido que no tiene un cuarto! Si hubiese usted esperado á comprarle á la hora de comer, lo saca usted por quinientos.

ELISA. Pobre pintor, papá!

FERN. Toma usted á mal, que yo proteja las artes?

MANZ. Que se protejan las artes... bien! pero á eso que llaman *artistas* no sé por qué? unos haraganes... que pasan el dia pintando muñecos...

CRIADO. El almuerzo está servido.

MANZ. Santa palabra. *(Al criado.)* Tú, Ramon, sube una botella de vino añejo... del año once... del año del cometa... Señor vizconde, ochenta reales la botella... no lo bebe mejor el rey. *(Bajo á Pedro.)* Tú no lo beberás, ni yo tampoco, me quedan pocas botellas.

PEDRO. Gracias por tu generosidad.

MANZ. Tú no eres de cumplimiento.

FERN. *(A Hector mofándose.)* Ya lo has oido, cuatro duros la botella... se entiende, sin el embase.

PEDRO. Lo ves como se está divirtiendo. *(Bajo á Manzano.)*

MANZ. Deja madurar la breva. Ya la cogeré en sazon. *(Bajo á don Pedro.)* Ea, á la mesa... que se enfria el almuerzo. *(Fernando sale delante, solo, Hector ofrece su brazo á Elisa y quedan detrás Manzano y don Pedro.)*

PEDRO. Despues de almorzar no lo olvides... á la carga... en calentito.

MANZ. Descuida, que en buenas manos está el pandero. y ya sabes lo que dice el refran. La hambre echa al lobo del monte, y con paciencia todo se logra. Vamos á almorzar.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.—Despues del almuerzo.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, FERNANDO, HECTOR, MANZANO y D. PEDRO saliendo del comedor.

FERN. *(Con el cigarro puro en la boca.)* Y bien, mi querido Hector, crees tú que puede haber otro hombre más feliz que yo sobre la tierra?

HECTOR. En verdad que te envidio; tú me reconcilias con el matrimonio.

ELISA. *(Bajo á D. Pedro.)* Es muy simpático el amigo de Fernando.

PEDRO. Sí lo es. *(Bajo á Elisa.)*

FERN Querido papá político; es usted una persona muy apreciable bajo todos conceptos.

MANZ. Señor marqués, usted me favorece. (No te creo, besugo.)

FERN. Llámeme usted Fernando, su querido Fernando. Y usted, señor don Pedro, no sabe cuánto placer tengo al verle en nuestra compañia!

ELISA. Mi padrino forma parte de la familia, no es verdad, Fernando?

FERN. Ya lo creo, hija mia. Venga esa mano, señor don Pedro.

PEDRO. Con mucho gusto. *(Estrechándola.)* (Pues no es tan malo!)

FERN. Querido señor Manzano, yo tengo un peso sobre mi conciencia; usted que solo piensa en procurarme una vida de placeres y de emociones, nunca me proporciona una ocasion para poder corresponderle. Piense usted, al ménos una vez siquie-

ra, algo en que yo pueda complacerle, en que pueda serle útil

MANZ. Puesto que está usted animado de tan buenos deseos, suplico á usted que me conceda un cuarto de hora para que tengamos una conferencia importante.

HECTOR. Yo, con permiso de ustedes, me retiro.

MANZ. Al contrario, suplico á usted que me haga el obsequio de quedarse. Vamos á celebrar una especie de consejo de familia; usted no está demás, ni tampoco mi amigo Pedro.

FERN. Diablo! un consejo de familia! *(En tono de burla.)*

MANZ. Sí, tomemos asiento... *(Todos se sientan.)*

FERN. Sentados. *(Se arrellana en un sillon y toca la campanilla. Todo esto sacando partido.)* Tiene la palabra el señor Manzano.

MANZ. Usted es dichoso, mi querido yerno: usted lo ha dicho, y esta es mi más dulce recompensa, mi mayor felicidad.

FERN. Y sólo deseo ocasion de redoblarla.

MANZ. Muy bien... Pero han trascurrido ya tres meses gozando sin cesar de las dulzuras de la luna de miel; la parte novelesca me parece suficiente, y creo que es llegado ya el instante de pensar en la parte histórica, es decir, en la positiva, en la real.

FERN. Está usted hablando como un libro. Pensemos en la historia. Capítulo primero. *(Siempre en tono burlon.)*

MANZ. Vamos á ver, querido yerno. Qué cuentas son las de usted?

FERN. Hoy, como hoy... *(Sin saber qué responder.)*

MANZ. Hoy, y mañana... y más adelante. Supongo que usted tendrá una idea... un plan de vida trazado para el porvenir.

FERN. Sin duda. Mi plan está fijado. Yo cuento hacer hoy lo que hice ayer, y mañana aquello que habré hecho hoy. No soy un hombre voluble ni caprichoso, aun cuando lo parezca; y con tal que el futuro se asemeje al presente, estoy satisfecho, no aspiro á más.

MANZ. De manera que usted cree en la eternidad de la luna de miel?

FERN. Quién lo duda!

MANZ. Hablando formalmente. Esta vida ociosa que usted lleva, no la cree usted funesta para el porvenir y la felicidad de su familia?

FERN. De ningun modo.

MANZ. Un hombre de la posicion de usted, de su carácter, de su instruccion, no puede condenarse á

una perpétua ociosidad... que el mundo tacharia de holgazanería.

FERN. Con resignacion todo se sobrelleva.

ELISA. Y no temes fastidiarte? Yo no tengo la vanidad de creer que puedo llenar todas las exigencias de tu existencia... á pesar de lo que te quiero... y... te lo confieso, me alegraria que imitaras el ejemplo del señor vizconde.

FERN. Quisieras que sentara plaza, que me fuera á Africa? *(Riendo.)*

ELISA. *(Avergonzada.)* No digo eso!

FERN. Explícate, no te entiendo.

MANZ. Nosotros desearíamos que usted aceptara una posicion digna de su título.

FERN. No hay más que tres posiciones que mi nombre me permita aceptar: general, obispo ó labrador. *(Mofándose completamente.)* Puede usted escoger.

MANZ. No lo tome usted á broma, señor marqués. Nosotros nos debemos á nuestro país. La pátria es nuestra madre. El retraimiento de la nobleza no ha de durar siempre; ella misma empieza á conocerlo, y lo justifica con más de un noble ejemplo. El hijo del conde del Arco, es uno de nuestros primeros ingenieros: el primogénito del duque del Valle, es capitan de la armada. Todos ellos sirven á su pátria...

FERN. Esos nobles habrán hecho lo que tal vez su especial posicion les obligaba, yo no los juzgo; pero á mí no me está permitido el imitarlos.

ELISA. Y por qué, mi querido Fernando?

PEDRO. Mira al vizconde, á pesar de llevar un nombre ilustre, se cree honrado luciendo sus galones de sargento... y en cuanto á política estoy seguro que profesa las ideas...

HECTOR. Permítame usted, señor don Pedro. Como soldado no tengo más que una política, el deber... Un sólo adversario, el enemigo.

FERN. *(Algo incómodo.)* Dejemos ya esta conversacion; este sitio no es á propósito para la política; las opiniones se discuten, los sentimientos, no. Yo estoy ligado por el reconocimiento, mi gratitud no tiene límites... Despues de esto, ni una palabra más. *(A Hector.)* Yo te suplico que dispenses, mi buen amigo; esta es la primera vez que en esta casa se ha hablado de política y de planes de familia, pero yo te doy mi palabra que será la última. Estoy en mi casa y así lo resuelvo.

MANZ. No ha sido nuestro ánimo... *(Cortado.)*

FERN. Señor don Juan, conozco que me he expresado

con un poco de acritud, tengo el carácter algo violento, y no puedo, á mi pesar, dominarme, por lo tanto, suplico á usted que me dispense.

MANZ. Está usted dispensado.

PEDRO. Hemos quedado lucidos! *(Bajo á Manzano.)*

MANZ. (El primer asalto ha sido rechazado, pero no por eso levanto el sitio.) *(Sale un criado con tres tarjetas que entrega al señor Manzano, y despues dice:)*

CRIADO. En el salon esperan varios señores para saludar al señor don Juan.

MANZ. *(Despues de haber mirado las tarjetas.)* Está bien: díles que aguarden un momento, que voy al instante. *(Váse el criado.)* Sus acreedores de usted, querido yerno. *(Ap. á Fernando.)*

FERN. *(Enseñándole las tarjetas.)* Los de usted, querido suegro. Es un endoso que he hecho á usted.

MANZ. Como regalo de boda! *(En tono de burla.)*

PEDRO. Adios, señor marqués. Vizconde... *(Saludando.)*

FERN. Ya nos deja usted?

PEDRO. Su compañía de ustedes es muy agradable, pero Elisa me ha encargado una comision..

MANZ. Una comision! cuál?

PEDRO. Es un secreto de los dos.

FERN. Sabes que si yo fuese celoso *(A Elisa.)*

ELISA. *(Con mucha intencion.)* Ah!.. Tú no lo eres.

FERN. Ola... Me lo echas en cara? Pues bien, quiero ser celoso. Señor don Pedro, exijo, que me revele usted ese secreto. *(Como en broma.)*

PEDRO. A usted ménos que á otro alguno.

FERN. Y por qué razon?

PEDRO. Porque se trata de... dar dinero... y... *(Señal de hacer limosna.)* Usted es la mano derecha de mi ahijada, y dice el refran, que lo que hace la mano derecha, debe ignorarlo...

FERN. La izquierda. *(Comprendiendo de lo que se trata.)* Tenia usted razon, he sido un indiscreto, y yo prometo la enmienda. *(Dando un bolsillo á Elisa.)* Une mi ofrenda á la tuya, para los pobres, Elisa.

ELISA. Gracias por ellos y por mí. Cuanto dinero! *(Mirando el dinero que hay en el bolsillo.)*

MANZ. (Asi se puede ser generoso, pagando yo!)

HECTOR. Permítame usted, señora, que yo tambien tome parte en esta cuestacion; aquí está mi bolsillo, poco es... pero este es el óbolo de un sargento.

ELISA. Ofrecido por el corazon de un noble vizconde.

PEDRO. Y tú, Juan, no añades algo á mi colecta?

MANZ. Ayer dí mil reales para la casa de Beneficencia!

PEDRO. Ah, ya basta... Adios, señores... Esta limosna no figurará en listas *públicas* de donativos, ni en los

periódicos, pero no por eso dejará de scr aceptable y grata á los ojos de Dios. *(Váse con Elisa.)*

ESCENA II.

MANZANO, FERNANDO y HECTOR.

MANZ. Yo tambien mc retiro, porque ahora recuerdo que me están esperando... muy pronto, señor marqués, quedarán pagados los acreedores que me ha endosado.

FERN. Sí, me parece bien; pero no porquc me hayan prestado el dinero, les tenga usted consideraciones... son unos canallas... Tú debes conocerlos, Hector!... Pelaez, aquel de las gafas... Rapiña, uno cojo... Martinez, el que...

HECTOR. Tengo una idea. Esos fueron los primeros árabes con quienes me batí en mis pasados tiempos...
Ellos me prestaban al cincuenta por ciento.

MANZ. Al cincuenta! Qué atrocidad! *(Escandalizado.)* Pero, no hay leyes contra la usura?

HECTOR. Oh, sí. Los usureros las respetan y las observan; ellos no ponen más que el interés legal, se les firma un *pagaré*, y no entregan más que la mitad en especie.

FERN. Así es; conozco estos negocios personalmente.

MANZ. Y por qué no me lo dijo usted? Yo hubiera ántes del casamiento obtenido una transaccion.

FERN. Precisamente es lo que yo no podia permitir. Qué se hubiera dicho del marqués de Mora, al exijir una rebaja de sus acreedores? hubiera sido un insulto, una mengua para mi nombre!

MANZ. Pero, hombre, no habiendo recibido más que la mitad?...

FERN. Yo no recibí más que la mitad, es cierto, pero debo el todo, no á esos ladrones encubiertos, pero sí á mi firma.

MANZ. Permítame usted, señor marqués; yo me tengo por un hombre de bien: yo no he quitado un real á nadie y soy incapaz de dar un consejo indebido; pero creo, que en este caso, reembolsando á esos tunantes sus verdaderos desembolsos, y añadiendo un seis por ciento de intereses, usted habria cumplido con toda escrupulosa probidad.

FERN. Esta no es cuestion de probidad, es cuestion de honor.

MANZ. Corriente, señor marqués. Veo que es una felici-

dad para el *honor* de usted, que mi *probidad* pague sus deudas. Solamente que como yo no soy noble y sí comerciante, y sé cuantos sudores me ha costado reunir mi capital, voy á hacer cuantos esfuerzos estén á mi alcance para variar la marcha en los negocios de esta casa.

FERN. Sí, pero ante todo conviene despachar á esos... que esperan, porque hoy por hoy, son dueños de la situacion.

MANZ. Pues bien; venceremos la situacion... (Yo te bajaré un poco el orgullo, voy á jugarte una broma algo pesada.) Voy á pagarles... no quiero exasperarlos.

FERN. Sí, porque esos lobos serian capaces de devorarnos.

MANZ. Les daremos carne. *(Váse el señor Manzano.)*

ESCENA III.

FERNANDO, HECTOR, á poco ELISA.

FERN. Pobre suegro! lo siento por él; esta revelacion le ha quitado el placer que tenia al pagar mis deudas.

CRIADO. *(Entrando.)* Dos caballeros que vienen de parte del señor baron del Prado, dicen que desean hablar con el señor marqués.

FERN. Está bien. *(Váse el criado.)* Sal á recibirlos, *(A Hector,)* no creo que me necesites para arreglar... *(En este momento sale Elisa; al notarlo Fernando dice:)* la partida.

ELISA. Una partida!

FERN. *(Procurando disimular.)* Sí, he ganado una cantidad al baron en el casino y le he prometido la revancha: *(Bajo á Hector,)* para mañana por la tarde.

HECTOR. *(Bajo á Fernando.)* Cuándo y dónde te veré?

FERN. La condesa me espera á las tres y media. *(Saca el reloj.)* A las tres aquí.

HECTOR. No faltaré... Señora... *(Saludando y váse.)*

ESCENA IV.

ELISA y FERNANDO.

FERN. *(Se recuesta en un sofá y empieza á hojear un album.)* Vas á ir esta noche al teatro Real?

ELISA. Sí, si vas tú.

FERN. Iré... y qué traje vas á ponerte?

ELISA. El que tú quieras, el que más te guste.

FERN. Me es indiferente... lo que quiero es que te presentes muy elegante, muy bella..

ELISA. Tú que eres el tipo de la elegancia, debias ser mi consejero de tocador.

FERN. Yo no soy un periódico de modas, querida mia; por otra parte, con solo imitar á las demas y tomarlas por modelo... la marquesa de San Juan... las señoritas de Velez...

ELISA. La condesa del Lago, *(Con intencion.)* no es verdad? Esa sobre todas?

FERN. Y por qué á esa y no á las demas?

ELISA. Porque esa... te gusta más que las otras.

FERN. Y por qué me dices eso?

ELISA. Por qué?... la otra noche... en la ópera... la hiciste una larga visita en su palco... Es muy hermosa!... Tiene mucha gracia.. luego tan elegante!... Oh!... gasta mucho!

FERN. (Y tanto!)

ELISA. Yo, quisiera parecer mejor que las demás, es decir, á tus ojos; porqué no me corriges cuando hago ó digo algo que te disgusta?

FERN. Porque nunca me disgustas.

ELISA. Nunca me diriges alguna advertencia...

FERN. Porque no tienes defecto alguno.

ELISA. A no ser que me tengas por vanidosa?

FERN. Y aun cuando lo fueras, seria un crímen?

ELISA. Ah! no lo soy, te lo aseguro... yo no me hago ilusiones acerca de mi misma, yo sé lo que me falta para ser digna de tí, pero, si tú quisieras tomarte la molestia de dirigir mis costumbres, de iniciarme en los gustos de vuestra sociedad, en sus maneras... yo te amo mucho, y cambiaria completamente, por agradarte, no lo dudes.

FERN. *(Besándole la mano.)* Estoy seguro que perderia en el cambio, y ademas que yo seria un mal maestro. Sólo hay una escuela en la que se aprende lo que tú crees ignorar; esta escuela es el mundo. Estúdialo.

ELISA. *(Algo picada.)* Oh! yo tomaré por modelo á la condesa del Lago.

FERN. Todavía ese nombre?... Tendrias el mal gusto de estar celosa?... Oh! eso es... muy vulgar... de muy mal tono!... Aprende, una vez que quieres que sea tu pedagogo, aprende, que en nuestro mundo, el matrimonio no es más que un conjunto de las cosas nobles y elegantes de la vida social. Así que, cuando yo estoy ausente de tí, no debes inquietarte por lo que yo pueda hacer, dices sola-

mente... Gasta sus defectos fuera de casa, para traerme despues á ella una hora de perfecciones.

ELISA. Oh! nada siento tanto como tu ausencia.

FERN. Tambien eso es de mal tono.. Como madrigal es bonito!... Quién entra?... Mis acreedores! *(Con extrañeza.)*

ESCENA V.

Los mismos y los tres ACREEDORES.

FERN. Han equivocado ustedes la habitacion!

ACR. 1.° No hemos querido marcharnos sin verle á usted, señor marqués.

FERN. Soy enemigo de cumplimientos.

ACR. 2.° Venimos á exigir una contestacion definitiva y categórica: nosotros hemos prestado nuestro dinero... y...

FERN. Los *pagarés* no han sido satisfechos? *(Alarmado.)*

ACR. 1.° Faltaba casi la mitad del dinero.

FERN. Cómo!

ACR. 2.° Y el señor de Manzano, su padre político de usted, se niega á pagarlos sin hacer una rebaja; quiere solo abonar un seis por ciento... añadiendo, que no siendo así, ya podíamos sacar el protesto, y hasta que le hiciéramos á usted prender, si era preciso...

FERN. *(Asombrado)* Mi suegro, no ha querido satisfacer por completo?...

ACR. 1.° No señor.

FERN. *(A Elisa.)* Su padre de usted, señora, ha hecho una farsa indigna... *(A los Acreedores.)* Yo soy su deudor de ustedes, reconozco toda la deuda, y tengo para responder de ella, mi renta...

ACR. 2.° Pero, el señor marqués sabrá muy bien que no puede disponer de cantidad alguna, sin el consentimiento por escrito de su esposa: nosotros hemos visto el contrato...

FERN. *(Abochornado.)* Salgan ustedes... yo pasaré...

ACR. 2.° Permítame usted que le diga, señor marqués, que no se echa así de una casa á las personas que han hecho un sacrificio para sacarle de apuros, y que han venido á ella, á hacer un beneficio; creyendo que la firma del marqués de Mora tenia algun valor... y hemos sido engañados... *(Unos momentos ántes Elisa ha tomado la pluma y se ha puesto á escribir.)*

ACR.s Sí, engañados!

ELISA. Señores, no han sido ustedes engañados; están pagados sus créditos: hé aquí mi firma. (*Entregándoles el papel que acaba de escribir.*)

FERN. (*Aterrado.*) (Oh! qué humillacion!)

ACR. 1.º Señora marquesa... tenemos el honor...

ACR. 2.º En cualquiera ocasion, ya sabe el señor marqués, que puede disponer...

ELISA. Gracias... señores... (*Indicándoles la puerta.*) (*Profundo saludo y vánse los Acreedores.*)

ESCENA VI.

ELISA y FERNANDO.

FERN. Elisa de mi alma! Oh! Cuánto vales! (*Estrechándola contra su corazon.*)

ELISA. Querido Fernando!

FERN. No pareces hija de...

ELISA. No, Fernando, eres injusto! tú juzgas á mi padre con demasiada severidad. El es bueno, generoso; conserva sus rígidos principios, y no conoce más que su derecho. La falta está en su cabeza, no en su corazon... En fin, mi querido Fernando, si tú crees que en este momento he cumplido con mi deber, perdona á mi padre un instante de irreflexion.

FERN. No puedo rehusarte nada. (*Abrazándola.*)

ELISA. Y no volverás á mirarle con mal gesto?

FERN. No, puesto que tú lo quieres, mi hermosa marquesa... marquesa... lo has oido? (*Con cariño.*)

ELISA. Llámame, tu Elisa... tu esposa: esos son los únicos títulos que yo ambiciono para ser feliz.

FERN. De veras, me amas?

ELISA. Y lo has podido dudar? ingrato!

FERN. Ah... no... pero deseo oirlo de tus labios... sobre todo en este momento... (*Dan las tres.*) (Las tres... la condesa me espera...) (*Se queda pensativo.*)

ELISA. En qué estás pensando?

FERN. (Oh, seria un infame!) Quieres salir á dar un paseo conmigo? (*Con decision.*)

ELISA. Si estoy sin vestir.

FERN. Que importa... ponte un abrigo... iremos en la berlina, llama á la camarera. (*Toca el timbre.*)

ESCENA VII.

Los mismos y MANZANO.

MANZ. Y bien, señor marqués, ha visto usted á los acreedores?

FERN. Los he visto... y...

ELISA. *(Colgándose del brazo de Fernando.)* (Fernando, acuérdate de lo que me has prometido.)

FERN. (Es verdad.) Sí, querido suegro, veo que está usted de buen humor. *(La camarera se presenta.)*

ELISA. Tráeme el abrigo, el sombrero... y dí que pongan la berlina.

FERN. Permítame usted que le rinda un tributo de admiracion, por el modo con que ha conducido la cómica escena de los acreedores.

MANZ. Veo que toma usted el asunto mejor de lo que esperaba; yo venia dispuesto á oir alguna leccion acerca del honor... y de la nobleza... (sin dinero.)

FERN. Yo soy muy razonable... Usted ha obrado segun sus ideas y yo conforme á las mias; ambos estamos satisfechos.

MANZ. Cómo!

FERN. Usted no queria saldar con esos acreedores más que la mitad, ó poco más, del crédito. Nosotros hemos pagado el total.

MANZ. Cómo! Tú has firmado? (*Elisa hace señal que sí.*) Oh! Dios mio! qué has hecho?

ELISA. Yo le pido á usted perdon; era mi deber.

MANZ. Con que es decir, que yo me afano por conservar tu fortuna y tú te empeñas en tirarla por la ventana?

FERN. No hay que desesperarse, papá suegro, nosotros somos los que la tiramos, pero es porque sabemos que usted la recoge.

CRIADO. El carruaje está dispuesto. (*La camarera sale con el sombrero y el abrigo.*)

ELISA. No se incomode usted; adios, mi querido papá, nos vamos á paseo. Fernando se ha empeñado en acompañarme.

FERN. Dame tu brazo, Elisa; hasta la vuelta, querido papá suegro.

ELISA. Un abrazo, papá... y no te quedes enfadado con nosotros! adios. (*Salen del brazo.*)

ESCENA VIII.

MANZANO.

Pues señor, bien... Conque todo es inútil? Es decir que no puedo sacar ningun partido de él... No quiere hacer nada, no sirve para nada, se ha propuesto arruinarme! Se ha hecho el dueño de mi casa! Pues es preciso que esto tenga su fin. (*Tira del cordon.*) Y lo va á tener ahora mismo. (*Resueltamente. Sale un criado.*) Que suban el portero y el cocinero. (*Váse el criado.*) Y anos veremos, señor yerno!... Ya he llevado bastante tiempo la albarda!... Usted no quiere hacerme concesiones? Pues cada loco con su tema... quédese marqués, que yo me quedaré comerciante. Al ménos tendré el placer de vivir á mi manera, y no seré esclavo de nada ni de nadie; que á quien se hace de miel, las moscas se lo comen.

ESCENA IX.

Dicho y el PORTERO.

PORT. Me ha mandado usted llamar, señor?

MANZ. Sí, Francisco... Va usted á poner en la puerta un anuncio.

PORT. Un anuncio!

MANZ. Sí, un anuncio que diga con letras muy gordas: «Se alquila el cuarto principal de la derecha, con las caballerizas, cocheras y dependencias,» y letra muy gorda!

PORT. (*Admirado.*) La habitacion del señor marqués?

MANZ. La misma.

PORT. Pero el señor marqués nada ha mandado, y...

MANZ. Oye, zopenco. Quién es aquí el amo? De quién es la casa? Quien te paga?

PORT. Usted, señor.

MANZ. Pues á hacer lo que yo mando sin más contestacion, y al momento.

PORT. Será usted obedecido.

MANZ. Andando se quita el frio. Ya veremos quien manda aquí! pues no faltaba más!...

ESCENA X.

MANZANO y WATEL.

WATEL. Es que el señor me ha mandado llamar?

MANZ. Sí, aproxímese usted, monsieur Watel... Tiene usted órden para disponer una gran comida para mañana?

WATEL. Sí, señor. Y me atrevo á asegurar que la minuta de los platos que debo presentar, será de la aprobacion del señor marqués. Todos ellos son un verdadero objeto de arte.

MANZ. Lleva usted consigo la minuta?

WATEL. Tengo aquí una copia (*Sacándola del bolsillo.*) aunque los sé de memoria.

MANZ. A ver, léamela usted.

WATEL. Potaje de rabioles, á la italiana, potaje de cebada á lo María Stuardo.

MANZ. Reemplazará usted esos dos potajes de cebada y de Stuardo, con una buena sopa de pan con perejil.

WATEL. Cómo, señor!

MANZ. Así lo quiero, adelante con la minuta.

WATEL. *Relevé* ó segundo plato... Cárpas del Rhin, á la Lithuanien... Pollas á la Godárd... filete de ternera, con uvas, á la Voltaire... Jamon de Wesfalia...

MANZ. Hará usted un cambio más sencillo y más llano. El pescado en salsa y con alcaparras... El Jamon... de ahí... de no se donde... de Extremadura... con tomates y la ternera con patatas...

WATEL. Pero, señor, yo no puedo consentir...

MANZ. Yo pago, por consiguiente, yo consiento y yo mando; entiende usted? Adelante con la minuta.

WATEL. *Entreé*... Entradas... Filetes Watel á lo *Concordato*... Faysan adornado, á la *Montpensier*. Perdigones rojos, rellenos, á lo *Garibaldi*.

MANZ. Basta, basta de tonterías. En lugar de todos esos platos... ninguno... y pasaremos en seguida al asado, que es lo esencial.. y la ensalada con cebolla y rabanitos y aceitunas...

WATEL. Oh, señor! Esto es contra todos los preceptos del arte.

MANZ. Yo cargo con la responsabilidad. Déjese usted de preceptos.

WATEL. Es imposible, señor, nunca consentiré, en mi categoría, pasar por una afrenta semejante: yo presento mi dimision.

MANZ. Yo iba á pedírsela á usted. Pero, como tengo ocho dias en mi derecho para reemplazar á un doméstico...

WATEL. (*Ofendido.*) Un doméstico! yo no soy doméstico! (*Con mucho énfasis.*) Yo soy cocinero!

MANZ. Pues le reemplazaré á usted por otro cocinero que no sea doméstico... Entre tanto usted estará ocho dias todavía á mi servicio... y se guardará usted muy bien en desobedecerme.

WATEL. (*Con mucha importancia.*) Antes me pegaré un tiro, que comprometer mi reputacion. (*Váse.*)

MANZ. Hé aquí otro limpia-platos que teme manchar tambien su alcurnia y su honor... estofado. Pues señor, esto vá bien. Ahora voy á escribir á algunos amigos de la calle de Postas, para que se vengan á comer conmigo... Señor marqués de Mora, me paso al moro, usted lo ha querido, pues guerra á muerte, que amistad de yerno, es como sol de invierno. Y quien bien tiene, y mal escoge, del mal que le venga no se enoje.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior.—Al anochecer del mismo dia.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO y ELISA.

FERN. *(Que acaban de llegar del paseo.)* Qué delicioso paseo! hermoso tiempo! parecia una tarde de Abril.

ELISA. Y no te has fastidiado?

FERN. A tu lado, nunca!

ELISA. Galanterías?

FERN. No tal, la verdad. Has obrado una revolucion en mi alma. Cuánta virtud oculta! Y yo viviendo á tu lado y sin conocerte!

ELISA. Cuán feliz soy al oirte hablar así!

FERN. Por qué me has ocultado tu cariño por tanto tiempo? Ha sido por coquetería ó por inaugurar una nueva luna de miel? Hoy todo ha cambiado. Yo era sólo tu esposo; desde hoy quiero ser tu amante.

ELISA. No, Fernando; continúa siendo mi marido.

FERN. Por qué?

ELISA. Porque creo que es más fácil perder el cariño del amante que el del esposo.

FERN. No estás por la poesía del amor?

ELISA. Yo entiendo la poesía á mi manera: yo tengo aquí mis ideas que tal vez no serán las del gran mundo, pero que están arraigadas en mi corazon, como todas las impresiones de mi infancia. Cuando niña, no comprendia otro cariño que el de mis padres; hoy, comprendo que el matrimonio es un vínculo, el más estrecho, el más sagrado, despues de aquel; y que el amor por otro que no sea su dueño, es un sentimiento vil contra la naturaleza y contra Dios.

FERN. Esas eran las ideas de las matronas romanas, mi querida Elisa; consérvalas siempre en tu memoria como salvaguardia de mi honor y de nuestra felicidad.

ELISA. Pero, oye; tambien tiene su reverso la medalla. Yo soy celosa, muy celosa, te lo advierto; y como para mi corazon no existe más que un solo hombre en el mundo, y ese eres tú, yo necesito todo su cariño; porque el dia que yo descubriese que este cariño me lo arrebataba otra mujer, él no escucharia de mis labios quejas ni reconvenciones, pero el lazo que nos une quedaria roto para siempre; y mi esposo, no seria á mis ojos, otra cosa que un sér extraño é indiferente; y desde aquel instante me consideraria viuda.

FERN. (Diablo!) No temas nunca por mi amor; nosotros viviremos siempre como dos tiernos amantes, y jamás la menor nube empañará nuestra dicha... Hoy he mandado disponer un espléndido banquete en celebridad de nuestro matrimonio, y yo quiero que en él eclipses á todas las mujeres, y que todos los hombres me envidien al verte.

ELISA. Y se necesita tanto fausto para ser feliz?

FERN. Acaso no te gustan las fiestas?

ELISA. A mí me gusta todo lo que á tí te guste. Y tendremos muchos convidados?

FERN. Hoy no; mañana. Hoy sólo comerá con nosotros, Hector. Y por qué me lo preguntas?

ELISA. Porque debo hacer mi *toillete.*

FERN. Es verdad. Vé, pues, mi hermosa Elisa; ah! el recuerdo de este dia no se borrará nunca de mi corazon. (*Besándole la mano y acompañándola al gabinete.)*

ELISA. Cuán dichosa soy! adios... Fernando!

ESCENA II.

FERNANDO, á poco MANZANO.

FERN. Es un ángel!... Vale mil veces más que la condesa, y que cien condesas! El diablo me lleve si no estoy en camino de enamorarme de mi mujer! El amor es como la fortuna, cuando más léjos la buscamos, más cerca la tenemos; ella nos espera á pié firme, y pasamos por su lado sin verla, sin apercibirnos siquiera. (*Entra el señor Manzano.*) Ola, mi querido papá suegro. Cómo está ese humor? Sigue usted furioso contra su manirroto y

despilfarrado yerno? Ya ha tomado usted su partido?

MANZ. He tomado una determinacion decisiva.

FERN. Violenta? (*Burlándose.*)

MANZ. Indispensable.

FERN. Y será indiscrecion el preguntar?...

MANZ. Al contrario... Yo debo á usted una explicacion, y voy á dársela. Al entregar á usted la mano de mi hija, y con ella una gran dote, yo imaginé que usted consentiria tambien en aceptar una posicion digna de su nombre y de su clase.

FERN. Suplico á usted que no volvamos á... (*Se va á sentar pasando por delante de él.*)

MANZ. Suplico á usted que me escuche... Yo conozco que me equivoqué al suponer que un marqués consentiria en ocuparse en algo, como los demas hombres; la culpa fue mia, y por este mismo error, yo he consentido en mi casa un tren y unos gastos que no puedo sostener; y puesto que es cosa ya sabida que no tenemos otra fortuna ni otro capital que el mio para los dos, me parece justo, razonable, equitativo y necesario, suprimir todo lo supérfluo. Esto dicho, he pensado llevar á cabo algunas reformas, que no dudo, serán de su aprobacion de usted.

FERN. Señor de Manzano, cuanto usted disponga, doy por bien hecho. Corte usted, raje á su voluntad, á todo doy mi asentimiento... Me encuentra usted de buen humor, y puede usted aprovechar la ocasion.

MANZ. Doy á usted las gracias por su condescendencia. Pues como decia, he decidido, resuelto y dispuesto...

FERN. Permítame usted... Si ya ha decidido usted, resuelto y dispuesto, creo inútil la consulta que usted me indica.

MANZ. No, si yo no consulto, no; lo que yo intento, es poner á usted al corriente de mi determinacion... hé aquí todo.

FERN. Ah! Conqué usted no me consulta? (*Con extrañeza y asombro.*)

MANZ. No señor. Y eso le admira á usted?

FERN. Un poco... pero ya le he dicho á usted que me cogia de buen humor, y que podia usted decir y hacer á su antojo...

MANZ. Corriente... Mi primera reforma, querido amigo...

FERN. Usted querrá decir, querido... yerno!

MANZ. Querido yerno, querido amigo, lo mismo da... De suegro á yerno la familiaridad está permitida.

FERN. Y esa *familiaridad*, por parte de usted, me envanece y me honra... Conque decíamos que la primera reforma...

MANZ. La primera es que desde hoy, yo seré el dueño de mi casa. No quiero hacer más el monote. (*Algo incomodado*)

FERN. No hay que incomodarse, señor de Manzano. (*En tono de burla.)*

MANZ. Ya sé yo que usted me tiene por un pobre hombre sin talento, sin instruccion... pero es preciso que sepa usted, señor marqués, que no es tan ruda mi inteligencia, y que tengo yo más cordura debajo de mis talones, que usted debajo de su sombrero.

FERN. Si habla usted de talones del Banco, no lo dudo.

MANZ. Sabe usted, que sus gracias de usted, me hacen á mí muy poca gracia, señor gracioso? (*Amoscado.*)

FERN. Francamente, se produce usted como un hombre vulgar... un cualquiera.

MANZ. Yo no soy marqués.

FERN. No lo diga usted muy alto, porque acabaré por creerlo.

MANZ. Que lo crea usted ó no, me tiene sin cuidado. Yo no tengo pretensiones, ni aspiro á figurar en el gran mundo; por lo tanto, me es indiferente.

FERN. Que le es á usted indiferente?

MANZ. Sí, señor; yo soy un antiguo comerciante, sin grandes estudios, pero que aprecio á los hombres por su verdadero mérito, por su talento, por sus virtudes, no por sus títulos. La suerte de la cuna no se elige: y la nobleza no me deslumbra.

FERN. Y no encuentra usted en mí, algo que le seduzca?

MANZ. No, señor marqués, no encuentro nada.

FERN. No, eh? Pues entónces por qué me dió usted á su hija?

MANZ. Que por qué se la dí á usted?... por...

FERN. Porque llevaba usted su segunda idea.

MANZ. Mi segunda idea? (*Algo turbado.*)

FERN. Sí, señor; y voy á probarlo. Su hija de usted, rodeada de pretendientes, no me amaba aun lo bastante, cuando usted, desdeñando á otros me atrajo á su casa: desde luego, no serian mis deudas las que me habrian valido el honor de ser el *elegido* por usted: por lo tanto, estoy en el *derecho* de creer que una segunda idea fue la causa...

MANZ. Y aun cuando efectivamente yo mismo hubiese hecho algun esfuerzo para conciliar mis intereses con la felicidad de mi hija, qué mal veria usted en ello? Quién me acusaria, á mí, que doy un

millon de mi bolsillo? Quién me acusaria, repito, al escoger un yerno, que podia, en cierto modo, indemnizarme del sacrificio? Cuando este yerno, ademas, era amado de mi hija? Yo pensé primeramente en ella, es verdad; este era mi deber: despues en mí, este era mi derecho. Y usted, qué ha hecho por ella, qué ha hecho por mí? qué hace usted, por usted mismo? Nada; hé aquí todo.

FERN. No quiero contestar... aquí no hay más que un mal; este mal es, que, yo he perdido su confianza de usted.

MANZ. Eso consiste, en que usted no quiere entenderme. (Veamos si por otro medio consigo. Probemos.) Supongamos que yo tambien tuviese aspiraciones... y necesitase...

FERN. Eso es muy justo, que usted busque en mí el apoyo, que yo he encontrado en usted.

MANZ. Vé usted como podemos entendernos?

FERN. Veamos, pues, en qué puedo yo servirle? si es que puedo servir para algo.

MANZ. Yo... habia pensado... que deberia usted hacer por presentarse en palacio.

FERN. Pero á qué esa idea de danzar en palacio?

MANZ. No sé trata de bailar. Hágame usted el obsequio de oirme con formalidad... Una vez adquiridas relaciones... podríamos utilizarlas. Yo no soy ni vano ni presuntuoso .. usted lo sabe... pero...

FERN. Explíquese usted con entera franqueza.

MANZ. (*Despues de luchar consigo mismo*) Yo... soy... algo ambicioso...

FERN. Y por eso se pone usted colorado? Y por qué? Esa elevacion de sentimientos, le honra á usted sobremanera.

MANZ. Yo no pretenderia tampoco un imposible... y sólo para poder, con mi posicion, tener influencia para sacarle á usted un alto destino que le tuviese ocupado...

FERN. Y veamos. Qué es lo que puede convenir á mi señor... padre político? Un gobierno civil?... no? En el consejo de Estado?... no? Un puesto diplomático? Ah! precisamente la embajada de Constantinopla está vacante.

MANZ. Mis aspiraciones son más sedentarias... ademas yo no entiendo el turco.

FERN. A ver!... Tal vez diputado?... eh... despues senador? (*Dándole un golpecito en el hombro.*)

MANZ. Y cree usted... que podria... (*Con cierta alegría infantil.*)

FERN. Pero para eso, es preciso pagar cierta cuota que...

MANZ. Por eso no hay que apurarse, yo pagaré cuanto sea preciso. Yo tengo en el Banco tres millones que no esperan más que una palabra de usted, para emplearlos en buenos terrenos y hacerme propietario.

FERN. Ah! Maquiavelo!!... Sixto quinto!... Usted los hubiera superado.

MANZ. No digo que no. (*Muy satisfecho y sonriendo.*)

FERN. Pero yo creo que esa ambicion no se pararia en el camino: le faltaria á usted un título ademas?

MANZ. Oh! yo no hago caso de esos juguetes de la vanidad. Ya sabe usted, porque se lo he dicho mil veces, que yo soy un antiguo liberal...

FERN. Razon de más. Un liberal debe despreciar á la antigua nobleza: pero la moderna? de ningun modo... porque...

MANZ. Entiendo... porque es la adquirida por uno mismo.

FERN. Así es... Querria usted ser... conde?

MANZ. No... no soy ambicioso en demasía... Baron, solamente baron... me bastaria.

FERN. El baron de los Manzanos!... suena bien.

MANZ. Sí... el baron de los Manzanos... no está mal... (*Saboreándose.*)

FERN. Ja, ja, ja!... Usted me dispensará... pero es muy gracioso... (*Mirándole con fijeza: despues de haberse divertido con él, suelta una carcajada.*) Baron de las Manzanas... Conde de las Peras... Marqués de los Pepinos, ja, ja, ja, ja!

MANZ. (Se está burlando!) (Me he lucido!) (*Sin saber lo que le sucede.*)

ESCENA III.

Los mismos y HECTOR.

FERN. Ven acá, amigo mio, ven acá. Sabes tú por qué Juan Gaston de Mora, recibió tres tiros de arcabuz en la batalla de Ibry? Sabes tú, por qué Francisco Gaston de Mora, subió el primero á la brecha en el asalto de Archidona? Por qué Felipe de Mora cogió una bandera en Pavía? Por qué mi abuelo murió en el sitio de Gerona, honrando mi preclara ascendencia? Pues todo esto fue porque llegase un dia en que el señor Manzano, quisiese ser baron de los Manzanos y senador del Reino.

MANZ. Amigo, me ha cachifollado! (*Para él mismo.*)

HECTOR. Qué me dices?

FERN. Hé aquí descubierto el secreto del brusco ataque que me ha dado esta mañana.

HECTOR. Ah! ya entiendo.

MANZ. (*Ya repuesto y con fuerza.*) Y, sabe usted, señor vizconde, porque he trabajado yo diez y ocho horas cada dia durante treinta años? Por qué he juntado real, sobre real, hasta reunir cuatro millones, privándome de todo? Pues ha sido para que el actual marqués de Mora, que no ha muerto ni en Ibry, ni en Pavía, ni en el sitio de Gerona, ni mucho ménos; pueda, gracias á su suegro el señor *Manzano*, morir de vejez, sobre un rico lecho de pluma, despues de baber pasado toda su vida en medio de los placeres y de la más completa ociosidad, sin haber hecho otra cosa que perder en los casinos y en las bancas, entre tahures ó jugadores de ventaja, y en vicios y orgías, las pingües rentas y haciendas que le legaron aquellos ilustres antepasados, cuyos nombres se ha atrevido á profanar. He dicho. Al que no quiere caldo, la taza llena.

FERN. Es todo un orador! Está loco! (*Riendo á carcajadas y fingiendo no dar importancia á lo que ha dicho.*)

CRIADO. Aquí están unos señores que desean ver la habitacion.

FERN. Qué habitacion?

CRIADO. La del señor marqués.

FERN. La mia? (*Asombrado sin comprender al criado.*)

MANZ. Hazles entrar en mi gabinete. Dispénseme usted. querido yerno, pero embebido por la gracia de sus chistes, no he tenido ocasion de participarle, que he mandado alquilar la primera habitacion de la derecha de esta casa, de la que soy el propietario.

FERN. Pero...

MANZ. Esta es una de las primeras reformas de que he hablado á usted.

FERN. Y dónde piensa usted alojarme?

MANZ. En el cuarto segundo, interior; la habitacion es bastante capaz... ademas tambien he alquilado la cochera y caballeriza.

FERN. Y mis caballos? Estarán tambien en el cuarto segundo?

MANZ. Si pueden subir las escaleras... porque no, sino véndalos usted.

FERN. Y tendré que ir á pié?

MANZ. Es más higiénico... y así hará usted ejercicio. Y en todo caso, yo le prestaré á usted mi berlina azul, cuando no llueva... se entiende.

CRIADO. Monsieur Watel, solicita permiso para hablar con el señor marqués.

FERN. Que pase. (*Watel se presenta en traje de etiqueta.*) Qué ocurre, monsieur Watel?

WATEL. (*Con un papel.*) Vengo á presentar mi dimision al señor marqués.

FERN. La dimision? En víspera de una batalla? de un banquete?

WATEL. Tal es la terrible posicion en que se me ha colocado, que tengo que abandonar esta casa ántes que deshonrarme. Sírvase el señor marqués pasar los ojos por la minuta que me ha impuesto su señor padre político, para el banquete de mañana.

FERN. Qué le ha impuesto á usted? A ver. (*Leyendo.*) Sopa de pan con perejil... Pescado con alcaparras...

MANZ. Este es el plato predilecto de mi amigo Gomez.

FERN. Jamon de Extremadura con tomates...

MANZ. Este es el de mi antiguo consocio Castañas.

FERN. (*Sin saber lo que le pasa.*) Yo acepto la dimision, monsieur Watel... vuelva usted más tarde.

WATEL. (*Saludando.*) Señor marqués... señores...

ESCENA IV.

Los mismos ménos WATEL.

FERN. De manera que mañana *mis* convidados tendrán el honor de ser presentados á *usted?*

MANZ. Usted lo ha dicho, tendrán el honor. Y el señor vizconde se verá obligado, si se digna aceptar mi convite, á comer mi sopa con perejil, entre el señor y la señora de Castañas.

HECTOR. Con mucho gusto. Una comida en familia, tiene tambien sus atractivos.

MANZ. Despues de comer, tomaremos café, y despues echaremos nuestra partida de solo, ó malilla.

FERN. O á la treinta y una. (*Burlándose pero desesperado.*)

MANZ. O al burro, me es igual... Mis salones estarán abiertos todas las tardes para recibir á nuestros amigos.

FERN. Positivamente, su casa de usted va á convertirse en un nuevo paraíso; pero temeroso de que otra serpiente me seduzca, mañana mismo pienso dejarla y establecerme por mi cuenta.

MANZ. Y qué carrera va usted á emprender? La medicina ó el foro?

FERN. Y quién piensa en eso?

MANZ. Ingeniero de puentes y canales? Porque de otro modo no creo posible que pueda usted sostener su rango con nueve mil reales de renta.

FERN. Nueve mil reales! (*Con extrañeza.*)

MANZ. Cabales. El balance es muy fácil de presentar. Usted ha recibido un millon del dote de mi hija. El regalo de la novia y los gastos de boda absorven doscientos setenta mil. En derroches y cuentas pagadas por mí, ciento sesenta mil; acabamos de entregar á los acreedores, cuatrocientos mil, restan por consiguiente ciento ochenta mil, que colocados á un interés, legal, representan nueve mil reales de renta al año: no puede estar más claro.

HECTOR. Efectivamente.

MANZ. Y piensa usted con esa renta mantener á sus amigos de Carpas á la Litoniene... y pollos á la Concordato? Créame usted, querido yerno, quédese usted en mi casa, acepte el cuarto segundo. Piense usted en que puede ser muy pronto padre de familia, y que á buen seguro sus hijos no se avergonzarán al encontrar algun dia en la caja del señor marqués de Mora, las economías de la hija del modesto comerciante Manzano. Piénselo usted, y hasta luego; voy á pagar la cuenta del señor Watel, el cocinero, y á ver si puedo convencerle, que rebajando un poco su dignidad, siquiera por un dia nos guise el pescado con alcaparras, y la sopa de pan con perejil. (*Váse riendo.*)

ESCENA V.

FERNANDO y HECTOR.

HECTOR. (*Se miran un momento y sueltan la carcajada.*) Chico, tienes un suegro modesto y... productivo como los árboles frutales. Mírate bien, tienes todo el aire de un antiguo paladin dispuesto á partir para las cruzadas, y que la lluvia le ha obligado á detenerse... Ríete... la aventura no tiene nada de trágica.

FERN. Así es, y en verdad que mi buen suegro acaba de prestarme un gran servicio.

HECTOR. Un servicio! Cuál?

FERN. Sí, mi buen amigo, porque si me descuido, iba á caer en el más espantoso ridículo; figúrate, que me hallaba en camino de empezar á enamorarme de mi mujer! Felizmente el señor Manzano me ha detenido en la primera estacion.

HECTOR. Tu esposa no es responsable de las ridiculeces de tu suegro. Es muy simpática.

FERN. Lo mismo es ella que su padre.

HECTOR. No lo creo así.
FERN. Te digo que tiene el aire de familia. (*Saca el reloj*) Me voy.
HECTOR. A dónde vas?
FERN. A casa de la condesa... Hace una hora que me espera.
HECTOR. Fernando... no vayas...
FERN. Y por qué?... quieres que aquí me consuma?
HECTOR. Escúchame.
FERN. Qué tienes que decirme?
HECTOR. Has olvidado tu duelo con el baron?
FERN. Sí, lo habia olvidado.
HECTOR. Mañana á las diez debes batirte.
FERN. Me alegro. Con el humor que tengo, te aseguro que no podia el baron haber escogido otra ocasion.

ESCENA VI.

Los mismos. D. PEDRO y ELISA.

ELISA. Vas á salir?
FERN. Sí, voy á salir... es decir, salgo. (*Con mal modo.*)
PEDRO. Pues hija, no me parece que está tan contento como me habias dicho!
ELISA. No sé por qué.
HECTOR. Es que han ocurrido cosas muy graves, señora.
ELISA. Qué ha ocurrido?
HECTOR. Su papá de usted... que parece ser un poco ambicioso...
PEDRO. Manzano ambioso! (*Echándose á reir.*)
ELISA. Mi padre ambicioso! (*Con extrañeza*)
HECTOR. Contaba con el nombre de su yerno para llegar á...
PEDRO. A ser senador, tal vez! Como Beltran! Viejo loco!
HECTOR. Irritado por la negativa de Fernando, ha buscado el medio de vengarse, y yo temo que sea usted quien sufra las consecuencias de su ira.
PEDRO. Tu padre... tu padre es un... Pero, no conoce que si llega á hacer odiosa á tu marido su estancia en esta casa, él se buscará las distracciones fuera de ella?
ELISA. Distracciones fuera de ella? Y seria capaz?
HECTOR. Este caballero dice muy bien, y sólo usted puede evitarlo. Si confia usted en el cariño de su padre, interponga usted su mediacion entre los dos. Es preciso obtener á cualquier precio una suspension de hostilidades: todavía no está todo perdido: aun el mal puede repararse.

ELISA. Que puede repararse? Me hace usted temblar. Qué sucede? Contra quién tengo que defenderme?

HECTOR. Contra su padre de usted.

ELISA. Qué quiere usted decirme? Usted me oculta algo! Los agravios de mi padre no podrian arrebatarme en un dia el cariño de mi esposo, si aquel es verdadero.

HECTOR. Yo no digo que... (*Vacilando.*)

ELISA. Ah! Fernando hace el amor á otra mujer? Tal vez es correspondido?

HECTOR. No, señora; pero...

ELISA. Nada de dudas. Sí, tengo una rival. (*Con seguridad.*)

PEDRO. Calma, hija mia.

ELISA. Sí, lo he conocido, no tengo duda.

HECTOR. Fernando la ama á usted.

ELISA. Oh! no. Sólo hace un momento que me conoce; él lo ha dicho. Sí, él ha creido tener necesidad de contar sus disgustos, y ha ido á querellarse de ellos á otra parte... (*Desesperada.*) y allí se ha ido!

PEDRO. Tú lo arreglas todo á tu gusto. Ha salido... á tomar el aire... que es el remedio mio cuando tu padre me exaspera. (*Un criado entra con una carta en una bandeja.*)

CRIADO. Está el señor marqués?

ELISA. No.

CRIADO. Han traido esta carta para el señor marqués.

ELISA. Acaba de salir; déjela usted ahí encima. (*Señalando el velador.*) De parte de quién han dicho?

CRIADO. La ha traido el lacayo de la señora condesa del Lago.

ELISA. De la condesa! (*Se estremece y coge la carta. Hector comprende lo que pasa.*) Bien. (*Váse el criado.*)

HECTOR. Yo tengo que ver á Fernando, ántes que usted, por lo tanto, si usted me permite, yo se la entregaré.

ELISA. (*Sin poderse contener.*) Teme usted que yo la abra?

HECTOR. Señora... (*Sin saber que decir.*)

ELISA. Oh!... estoy segura que no es esta la primera que ha recibido de esa... mujer. (*Con desprecio.*)

PEDRO. Cómo! Supones... Si fuese realmente la querida de Fernando, no cometeria la imprudencia de dirigir la carta á tu misma casa!

ELISA. Lo que yo digo es que Fernando hace el amor á esa mujer.

HECTOR. No es posible, señora!

ELISA. Se atreveria usted á jurarlo, señor vizconde?

HECTOR. Mi juramento nada probaria, puesto que el deber autoriza una mentira en casos semejantes. Mas,

sea como quiera, señora, yo estoy en la obligacion de advertir á usted el peligro; yo he indicado los medios de salvarlo, he cumplido como amigo leal y como hombre honrado; no me pregunte usted más. Señora... (*Saluda respetuosamente y sale.*)

ESCENA VII.

ELISA y D. PEDRO.

ELISA. Ah! Dios mio! Acabo de perder en un instante cuanta felicidad creí haber conseguido, cuánto amor creí haber ganado en el corazon de Fernando! Hace una hora me llamaba su bella marquesa. El carácter de mi padre...

PEDRO. Hay que disculparle. Todo es hijo de su excesivo cariño hácia tí... Por otra parte... Fernando tambien...

ELISA. Mi voz habia llegado á su corazon, mi ternura empezaba á conquistarse la suya. Fernando estaba ya en una pendiente que insensiblemente le conducia á mí; y mi padre, sin querer, es cierto, le ha hecho retroceder en el camino. Será la condesa su querida?... No es posible que lo sea, no es verdad, padrino? Cree usted, que ella puede haber olvidado tambien sus deberes? Y yo que tanto le amaba! (*Llorando.*)

PEDRO. Vamos, Elisa, por Dios! (*Tratando de consolarla.*)

ELISA. Fernando no puede haberse casado conmigo con la seguridad de que nunca me amaria... él no podia ser tan cruel, que quisiera condenarme á una vida de lágrimas y de desesperacion: ese proceder seria infame.

PEDRO. Y no es posible; desecha tales ideas.

ELISA. Es verdad que usted no lo cree? Yo soy una loca en dar acogida á semejantes pensamientos... Oh, yo no creo á Fernando capaz de tanta vileza!... Puede ser tan miserable?

PEDRO. No, jamás.

ELISA. Entónces, puede usted jurarme que es inocente? Júrelo usted, mi buen padrino; padrino de mi alma, júrelo usted. (*Echándose á su cuello y llorando amargamente.*)

PEDRO. Sí, hija mia, sí, lo juro. Tranquilízate. (*Casi llorando.*)

ELISA. Pero, por qué le ha escrito?

PEDRO. Probablemente, para invitarle á algun baile, á algun concierto, á una *soirée*.

ELISA. Y tan urgente ha de ser esa invitacion que la manda con un lacayo?... Oh! cuándo pienso que el secreto de mi destino está encerrado en ese papel... vacila mi voluntad... y me siento capaz... de... sí. (*Vacila en abrirla, lucha; por fin haciendo un esfuerzo la arroja sobre el velador, quiere irse, no puede y queda su vista fija en el papel.*) No, no debo... (*La tira.*) Dios mio! Dios mio!

ESCENA VIII.

Los mismos y MANZANO.

MANZ. (*Al ver á su hija en aquel estado, corre á ella.*) Elisa!... Qué es lo que miras con esa fijeza?... Una carta! (*Viéndola sobre el velador, la toma enseguida.*)

ELISA. Déjela usted, papá... es una carta... para Fernando. (*Procurando que la deje.*)

MANZ. Qué garrapatos! y qué perfumada! De seguro que es carta de mujer. (*Dicho sencillamente.*)

ELISA. Sí... de la condesa del Lago... Ya sé lo que es... (*Tratando de disimular.*)

MANZ. Tú estás agitada! Tu mano tiembla! Has llorado? Qué pasa aquí? (*Alarmado.*)

ELISA. Nada, papá... nada... (*Casi sin poder hablar.*)

PEDRO. Sí... Juan... está celosa. (*Bajo á Manzano.*)

MANZ. Ella celosa!... Acaso tu marido se ha atrevido á faltarte... Vive Dios! que si esto ha sucedido... (*Furioso y amenazante.*)

ELISA. Oh! padre mio!... Si me ama usted... (*Suplicando.*)

MANZ. Si yo te amo, preguntas?

ELISA. Pues bien, no desespere usted más á Fernando.

MANZ. Qué no le desespere? Desesperarlo porque procuro hacer economías!

PEDRO. Lo que tú haces son tacañerías, y ellas de rechazo van á tu hija.

MANZ. Mira, ya te he dicho más de veinte veces que me dejes de sermones. (*A su hija.*) Vamos á ver, qué te ha hecho tu marido? yo quiero saberlo, y saberlo todo: por qué estás celosa? por qué devoras esa carta con los ojos?... Es que tú sospechas de la condesa?

ELISA. (*Llorando.*) No, no.

MANZ. Lo sospecha, no es verdad, Pedro?

PEDRO. Ella supone...

MANZ. Supone?... pues es muy fácil el saberlo. (*Rompe el sobre.*)

ELISA. Ah! qué ha hecho usted? el secreto de una carta es sagrado.

MANZ. Nada hay sagrado para mí, tratándose de tu tranquilidad.

PEDRO. Mira lo que haces, Juan: qué dirá tu yerno?

MANZ. Y qué me importa lo que pueda decir! (*Se dispone á leerla.*)

ELISA. Oh! no la lea usted... no la lea usted! (*Tratando de impedirlo.*)

MANZ. Quiero leerla... Estoy en mi derecho... cumplo con mi deber. (*Los separa con entereza. Leyendo.*) «Querido Fernando mio:» Ah! miserable! (*Dejando caer la carta.*)

ELISA. Era verdad! Dios mio! (*Cayendo en el sillon.*)

MANZ. (*Despues de una pequeña pausa se dirige desesperadamente á don Pedro y le coge por la solapa.*) Y eres tú, quien me ha permitido hacer este matrimonio?

PEDRO. Hombre! Te has vuelto loco? (*Desasiéndose.*)

MANZ. Cuando yo te consulté, por qué no te opusiste? por qué no me dijiste, lo que de precision debia acontecer?

PEDRO. Pero si te lo dije un millon de veces... mas como la ambicion te cegaba... como sólo buscabas un título para tu hija...

MANZ. Ah! Bien caro lo he pagado!

PEDRO. (*Pasa al lado de Elisa que está llorando.*) Elisa, hija mia, tranquilízate!

MANZ. Quítate de ahí! Crees tú que yo no sé lo que debo decirla? (*Quitando á don Pedro y colocándose al lado de su hija.*) Elisa, hija mia, tranquilízate.

ELISA. Sí... no tengo nada. (*Procurando reprimirse.*)

MANZ. Oh! yo te libraré de ese infame.

ELISA. Qué he hecho yo, Dios mio, para merecer esta suerte? A los tres meses de nuestro matrimonio... no, al otro dia... Ni uno sólo de felicidad! Corria á sus brazos, cuando salia de los mios! No sentia los latidos de mi corazon por él! No habia comprendido que yo me entregaba toda entera á su mentido amor!... Ah!... esto me costará la vida! (*Llorando.*)

MANZ. No, hija mia... no. Qué seria de tu viejo padre?... Infame!... A dónde vas?

ELISA. A mi cuarto, necesito estar sola.

MANZ. Quieres que te acompañe?

ELISA. No... papá... no. Necesito estar sola... Volveré... volveré... (*Yéndose.*)

PEDRO. Déjala que se desahogue llorando... las lágrimas le aliviarán; despues se arreglará todo. (*Acompaña á Elisa á su cuarto y vuelve.*)

ESCENA IX.

MANZANO y D. PEDRO.

MANZ. Qué boda! qué boda! (*Paseándose y dándose golpes en la frente.*)

PEDRO. Vamos... cálmate... todo puede repararse... Ahora nuestro deber está en reconciliar esos dos corazones.

MANZ. Yo conozco mi deber, y lo cumpliré. (*Recogiendo la carta que está en el suelo.*)

PEDRO. Hazme el favor de reprimirte... no tengamos otra cosa peor.

ESCENA X.

Los mismos y FERNANDO.

(*Fernando sale reconociendo el velador y consola en busca de la carta.*)

MANZ. Busca usted algo?

FERN. Sí, una carta.

MANZ. De la señora condesa del Lago? No se moleste usted en buscarla, la tengo yo.

FERN. Y la ha abierto usted?

MANZ. Sí, señor marqués, la he abierto.

FERN. La ha abierto usted? Y sabe usted, caballero, que ese es un proceder indigno, que esa es una accion propia de un hombre mal educado?

MANZ. Aquí no hay otra mala educacion, que la infame conducta de usted, señor marqués.

PEDRO. Juan!... (*Tratando de evitar.*)

FERN. Basta de insultos. Violando el secreto de mis faltas, ha perdido usted el derecho de juzgarlas. Hay algo más inviolable aun que la cerradura de una caja; el sobre de una carta; el que descerraja la primera, es un ladron... el que rompe la segunda es...

MANZ. Señor marqués!... (*Arrojándose á él.*)

PEDRO. Juan! (*Deteniéndole.*)

MANZ. Ah!... esto es demasiado... Soy su padre y tengo el derecho de velar por la honra de mi hija... Vive Dios!... Pero hago mal en irritarme... Usted se explicará delante de los tribunales, señor marqués.

PEDRO Y FERN. Los tribunales!!

MANZ. Ah! Creia usted que podia llevar impunemente el adulterio y la desesperacion al seno de una familia?

Un proceso, sí... un proceso... y una separacion. (*Enseñando la carta.*)

FERN. Un proceso? (*Aterrado.*) Y esa carta será leida en el tribunal?

MANZ. En público, sí, en público.

PEDRO. Tú estás loco! Semejante escándalo...

FERN. Pero, usted no piensa en que pierde á una mujer?

MANZ. Va usted, por ventura, á hablarme otra vez de honor?

FERN. Sí, de honor, y si eso no basta, sepa usted ademas, que mata su porvenir, labra usted la ruina de esa mujer.

MANZ. Tanto mejor; yo lo deseo, y ni aun así será suficientemente castigada.

FERN. Seria usted capaz?...

MANZ. De todo! Robar el amor de una pobre jóven que apénas hace tres meses está desposada! el amor puro de un ángel... llevar la desesperacion... el luto... no hay perdon.

FERN. Ella es ménos culpable que yo. No la acuse usted.

MANZ. Si creerá usted que yo no le desprecio á usted tanto como á ella! Sacrificar á mi hija, tan buena, tan hermosa!... Qué tiene usted que vituperar en mi pobre Elisa? Tiene algun defecto que achacarle, uno sólo, para poder disculparse? Un corazon de oro... y una educacion!... Tú sabes lo que me ha costado su educacion, Pedro, tú lo sabes. (*Fuera de sí.*)

PEDRO. Modérate.

MANZ. Y crees tú que no me modero?... Pues si yo me dejase llevar de... ya lo habia deshecho... hum!... pero hay tribunales, y voy al momento...

FERN. Espere usted, siquiera hasta mañana; yo se lo suplico; déme usted el tiempo para poder reflexionar...

MANZ. Todo está ya reflexionado. Canalla!

FERN. (*A don Pedro.*) Ayúdeme usted á evitar una desgracia cuyas consecuencias serian irreparables!

PEDRO. No sé si podré convencerle. (*Manzano se dispone á salir.*)

FERN. Un momento... Yo debo salvar á esa mujer, yo debo salvarla á costa de todo sacrificio... Comprenda usted bien que yo soy el responsable de todo!

MANZ. Lo entiendo así.

FERN. Usted no sabe á dónde puede conducirme la desesperacion! (*Como amenazante.*)

MANZ. Amenazas?

FERN. Déme usted esa carta, ó no respondo de mí! (*Fuera de sí.*)

MANZ. Quieres usar de la violencia! miserable! Llamaré, y mis criados te arrojarán de mi casa.

FERN. *(Reponiéndose.)* Es verdad... Mi razon se extravía... Escúcheme usted al ménos... *(Suplicante.)* Usted es bueno, es honrado. La cólera, el dolor, es lo que le alucina en este instante.

MANZ. Cólera legítima! Dolor respetable!

FERN. Sí, yo reconozco mis faltas, yo las deploro; pero... Y si yo le juro á usted no volver á ver á la condesa? y si yo le juro á usted consagrar el resto de mi vida á hacer la felicidad de mi esposa?

MANZ. Seria ya la segunda vez que usted lo juraria... acabemos. *(Accion de salir.)*

FERN. Deténgase usted... Se lo suplico en nombre... de su hija... Ah! Usted tenia razon esta mañana, la ociosidad me ha perdido!

MANZ. Ahora lo reconoce usted?

FERN. Sí... y... si yo busco una ocupacion? *(Tomando una resolucion.)*

MANZ. Usted una ocupacion?.... usted?

FERN. Conozco que tiene usted derecho de dudar de mi palabra, ya lo sé: pero guarde, conserve usted en su poder esa carta, y si yo falto á ella, entónces le autorizo á usted para que obre como quiera, para que disponga de mi suerte á su voluntad.

PEDRO. Vamos, hombre, esto ya es una garantía!

MANZ. Una garantía! de qué?

PEDRO. De la fidelidad de sus promesas; él no verá más á esa condesa, buscará un empleo, una colocacion, y se consagrará á hacer la felicidad de tu hija. Qué más puedes exigirle?

MANZ. Pero, y quién me responde?

PEDRO. La carta, hombre, la carta.

MANZ. Ah! sí.

PEDRO. Conque aceptas, eh? Todo es mejor que una separacion, y siempre se está á tiempo de dar una campanada.

MANZ. Puesto que tú lo exiges... sea. *(Al marqués.)* Yo suscribo por mi parte, señor marqués, al tratado que usted me ha ofrecido... sólo me falta someterlo á la aprobacion de mi hija.

PEDRO. Oh! estoy seguro que tu hija no permitirá el escándalo.

MANZ. Vamos á encontrarla. Crea usted bien, caballero, que en todo esto, sólo consulto la dicha, la felicidad de mi hija, porque usted no tiene el derecho de dudarlo, y yo le declaro á usted anticipadamente, que seré inexorable si su proceder de usted, de hoy en adelante, no es digno; que nada

espero de usted, que nada aceptaré, y que seré siempre Manzano á secas.

PEDRO. Bien, Juan, muy bien.

MANZ. Y lo haré, Pedro, á lo ménos hasta que no vea feliz á mi hija. *(Salen los dos.)*

ESCENA XI.

FERNANDO.

Tú lo has querido, marqués de Mora... Cuánta humillacion! En este momento se decide mi suerte! Cuál será el resultado? mi condenacion ó la de aquella infortunada? La vergüenza ó los remordimientos? Y todo por qué? por la ilusion de un dia! Yo lo he buscado, no debo acusar á nadie! *(Queda abatido.)* Soy un miserable!

ESCENA XII.

FERNANDO y HECTOR.

HECTOR. Qué haces aquí tan meditabundo? *(Poniendo la mano sobre el hombro de Fernando.)*

FERN. Hector... recuerdas lo que se me ha exigido aquí esta mañana?

HECTOR. Y qué?

FERN. Y si yo te dijese que he consentido?

HECTOR. Te contestaria que no lo créo.

FERN. Y sin embargo, es la verdad.

HECTOR. No comprendo...

FERN. Es indispensable. Mi suegro ha abierto una carta de la condesa... y arrebatado por la cólera, me ha amenazado con presentarla á los tribunales y pedir una separacion; y yo para detenerle he consentido en todo.

HECTOR. Pobre amigo mio! En qué abismo te has precipitado!

FERN. Ojalá el baron me mate mañana!

HECTOR. Fernando! qué ideas son esas?

FERN. Así concluiria todo.

HECTOR. Te creí con más talento, con más valor... Tú eres jóven, tú puedes ser feliz todavía.

FERN. Feliz? Recuerdas dónde estoy... arruinado... esclavo de un hombre grosero, cuyo despotismo está autorizado por mis faltas, esposo de una mujer cuyo corazon he destrozado y que no me perdona-

rá nunca... Tú dices que puedo ser feliz?... mis locuras, mis extravíos, me han conducido á esta situacion en la que todo me falta á la vez; la libertad, la paz doméstica, el aprecio del mundo, y hasta el mio propio!... Ah! soy bien desgraciado!

HECTOR. Vamos, valor, Fernando, no te dejes abatir de este modo!

FERN. (*Levantándose.*) Oh! sí... soy un cobarde! El hombre puede perderlo todo, ménos el honor! (*Con entereza.*)

HECTOR. Qué intentas?

FERN. Lo que tú harias en mi lugar.

HECTOR. No, yo tengo más valor, yo no me mataria.

FERN. Sí; lo harias, puesto que me has comprendido... Yo no tengo ya más que mi nombre, y quiero conservarlo intacto.

HECTOR. Silencio! (*Viéndoles venir.*)

ESCENA XIII.

Los mismos, MANZANO, ELISA y D. PEDRO.

ELISA. No, padre mio, no! es imposible! Todo ha concluido entre nosotros!

PEDRO. No te conozco, hija mia.

MANZ. Pero cuando te digo que desde hoy cambiará de vida, que tomará una ocupacion! que no volverá á ver á esa mujer! que te hará dichosa! que se consagrará á tí!

ELISA. Para mi no puede ya haber dicha! Si Fernando no me ha amado por su libre voluntad, cree usted que me amará por la violencia?

MANZ. (*Al marqués.*) Hombre, diga usted algo!

ELISA. El señor marqués hace muy bien en callar, porque sabe que yo no creeria en sus protestas; él sabe tambien que todo lazo está roto entre nosotros, y que de hoy en adelante sólo será para mí un extraño, un ser indiferente á mis ojos y á mi corazon. Así, pues, recuperemos cada cual aquella libertad que la ley nos concede. Yo quiero... una separacion, padre mio... Deme usted esa carta, yo sola tengo el derecho de hacer uso de ella, puesto que yo soy la ofendida. Démela usted.

PEDRO. Yo te suplico, hija mia, que pienses ante todo, en el escándalo que vamos á dar.

ELISA. El escándalo no manchará más que á los culpables.

PEDRO. Piensa en esa pobre mujer á quien vas á perder para siempre.

ELISA. Ha tenido ella piedad de mí? Padre mio, deme usted esa carta. No es su hija de usted quien se la pide, es la marquesa de Mora ultrajada. La carta...

MANZ. Pero...

ELISA. La carta. *(Se la quita.)*

TODOS. Ah! *(Momentos de sorpresa y de lucha.)*

ELISA. Ya tengo mi venganza. Caballero, usted habia empeñado su honor para salvar á su querida... pues bien, yo le redimo, y se lo devuelvo. *(Rompe la carta y la tira á la chimenea.)*

MANZ. Qué has hecho?

ELISA. Mi deber. *(Con entereza.)*

PEDRO. Bien, hija mia! *(Abrazándola.)*

HECTOR. Noble corazon!

FERN. Oh, cómo explicar la conmocion que mi alma experimenta! Y yo era el orgulloso! Y yo me creia rebajado?... Ah, Elisa!... Tú llevas mi nombre más dignamente que yo... No será mi vida entera bastante á reparar el mal que mi indigna conducta te ha causado!... Perdon, esposa mia, perdon! *(Cayendo de rodillas.)*

ELISA. El marqués ha muerto. Caballero, la viuda de don Fernando de Mora saluda á usted!... *(Tomando el brazo de D. Pedro y saliendo.)*

FERN. Oh! *(Cayendo en el sillon. Hector corre á socorrerlo. — Cuadro.*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, ELISA y MANZANO.

PEDRO. *(Elisa sentada entre los dos. A Manzano.)* Te digo que aun le ama.

MANZ. Y yo te digo que le aborrece.

PEDRO. Pero hombre... me dirás á mí...

MANZ. Y á mí? No te basta con lo que presenciaste ayer? Crees tú que podria yo permitir que ese bribon se llevase otra vez á mi hija, para hacerla desgraciada?

PEDRO. Lo que queria y lo que quiero es, que la tranquilidad de tu hija no desaparezca nunca de su alma, pero tú siempre tomas las cosas por donde queman.

MANZ. Yo tomo las cosas como son y como debo tomarlas, Pedro. Ya se vé, tú como no has reñido con el señor marqués, una vez que se halla llevado consigo á su mujer, estarás todo el dia en su casa, á su lado, miéntras que yo viviré aburrido en el rincon de mi cuarto, sin mi hija... solo como un hongo... Pero esto qué importa... tú reirás... y el marqués tambien... y yo me moriré... eres ingrato... y egoista como todos! *(Casi llorando.)*

PEDRO. Cómo te ciegas! Llevando las cosas á ese extremo, tú mismo no haces más que obedecer á un sentimiento de egoismo.

MANZ. Quién es aquí el egoista? soy yo, porque defiendo el honor, la tranquilidad y el bienestar de mi hija? porque no quiero que el... bribon de mi yerno... en fin... qué dices tú? esto es ya cuestion tuya. *(A su hija.)* Habla, hija mia!

ELISA. Yo ya no le amo. El ha muerto en mi corazon.

MANZ. Canalla!

ELISA. No le odio, pero me es indiferente.

MANZ. Sí, esto es bastante.

PEDRO. Pero, hija mia; tú que ahora estás en el Abril de tu juventud, has reflexionado acerca de la suerte que espera á una mujer separada de su marido?

MANZ. Mira, Pedro, déjate de sermones. Ella vivirá feliz al lado de su anciano padre, què no tiene otra ambicion que amarla, mimarla, y proporcionarla cuanto desee. Tú verás, querida hija mia, qué buena vida nos daremos los dos... *(Mirando á Pedro.)* los tres... porque yo valgo más que tú, egoiston!... Tú verás cómo te amaremos... Nosotros no te dejaremos por ninguna condesa... por nada del mundo. Ea, una sonrisa para tu padre... y díle que serás dichosa con él.

ELISA. Oh! sí, padre mio, muy dichosa!

MANZ. Ya lo oyes, Pedro.

PEDRO. Sí, sí, ya lo oigo.

MANZ. En cuanto al... mala cabeza de tu marido... has sido demasiado buena para con él... en fin, yo le pasaré una pension de treinta duros, y que vaya á comérsela donde quiera, pero léjos de nosotros.

ELISA. Ah! que se lleve todo, todo cuanto poseo!

MANZ. Cá! eso no. Qué más quisiera él! eso seria el premio gordo.

ELISA. Yo no pido otra cosa que no volverle á ver.

MANZ. Probablemente dentro de poco vendiá á buscarme, porque acabo de darle el golpe de gracia.

ELISA. Qué ha hecho usted? *(Alarmada.)*

MANZ. Ayer, despues que te dejé, nos fuimos con tu padrino á casa de mi escribano...

ELISA. Y qué?

MANZ. He mandado poner en venta el palacio de Mora, la casa solariega de sus abuelos.

ELISA. Y ha sido usted capaz de hacer eso? y usted, padrino, ha consentido?

PEDRO. *(Bajo á Elisa.)* Cállate.

MANZ. Nada, nada, bandera negra. Yo espero que ántes de un mes habrá desaparecido ese vestiglo del feudalismo, y si no se vende, en su terreno haré plantar remolachas: con sus materiales mandaré construir cabañas para el hombre útil, para el labrador... arrasaré la arboleda del parque, y con ella se hará leña para que puedan calentarse en invierno mis honrados trabajadores!

ELISA. Pero él creerá que esto es una venganza.

MANZ. Y creerá la verdad. Yo voy á ver si están hechos ya los anuncios que he encargado, y con los cuales tapizaremos todas las esquinas de Madrid. «Se vende el palacio de Mora... Darán razon... etc.»

PEDRO. Tal vez esté ya vendido! *(Muy marcado.)*

MANZ. Desde ayer?... no lo creo. Me voy á casa del impresor á ver los anuncios si están como yo encargué: hasta la vuelta. Ya le dará para peras el señor Manzano.

ESCENA II.

D. PEDRO y ELISA.

PEDRO. Tu padre es demasiado testarudo. Si le dejara obrar por sí sólo, haria imposible todo arreglo.

ELISA. Aun abriga usted esperanzas? En qué las puede usted fundar? El amor ha desaparecido para siempre! Usted no sabe lo que era Fernando para mí!

PEDRO. Oh! sí, lo sé, sí.

ELISA. No era solamente mi esposo, era mi vida, mi única esperanza!...

PEDRO. Cállate... que... alguien viene.

CRIADO. *(Que sale.)* El señor marqués pregunta si la señora puede recibirle.

ELISA. Diga usted que... *(Vacilando.)*

PEDRO. *(Con resolucion.)* Que sí. Recíbele, hija mia. *(Al criado.)* El señor marqués puede pasar. *(Se va el criado.)* Oyele al ménos; el rencor es indigno de tus nobles sentimientos.

ELISA. *(Con algun esfuerzo.)* Bien, que pase.

PEDRO. Calma, hija mia!

ELISA. Como usted quiera. *(Con resignacion.)*

ESCENA III.

Dichos y FERNANDO.

FERN. Tranquilícese usted, señora, no vengo á importunarla por mucho tiempo con mi presencia; yo la libraré en breve de ella. Ayer lo dijo usted: *«El marqués ha muerto.» Usted es viuda!* y yo soy demasiado culpable para no comprender que esta decision es irrevocable. Sólo vengo á dar á usted mi último adios antes de partir.

PEDRO. Cómo, señor marqués, será posible tal determinacion?

FERN. Estoy resuelto, y he tomado el solo, el *único* partido honroso que me queda.

PEDRO. Pero... y así?... *(Por Elisa.)*

FERN. Sé lo que quiere usted decirme. No tema usted nada para el porvenir; puede usted asegurarlo asi... á mi... á su amigo de usted. Yo emprenderé

una carrera, la de mi padre, las armas. Mañana parto con mi amigo Hector, que me sacrifica el tiempo de su licencia; una vez allí, me alistaré en su regimiento y procuraré hacerme digno de mi nombre, y de aquella á quien he hecho tan desgraciada! *(Muy conmovido.)*

PEDRO. Es un hombre de bien! Tiene corazon. *(Bajo á Elisa.)*

ELISA. *(A D. Pedro.)* Yo nunca he dicho que fuese un malvado!

PEDRO. Vamos, hijos mios... no hay que tomar resoluciones extremas... las faltas de usted, señor marqués, son muy grandes, pero veo que desea repararlas... yo estoy convencido de ello... y si usted procura de aquí en adelante...

FERN. Ah, sí... una expiacion! *(Con dolor.)*

ELISA. Ya no es posible!

FERN. Elisa, yo partiré, le dejo á usted mi nombre, usted lo conservará sin mancha. Llevo conmigo los remordimientos de haber amargado su vida de usted; pero es usted jóven y hermosa, y puede aun ser feliz... ojalá... la guerra me dé al ménos la tumba de los valientes.

ELISA. Dios mio! *(Procurando contener el llanto.)*

ESCENA IV.

Los mismos y HECTOR.

HECTOR. Venia á... señora... caballero... *(Saludando.)*

FERN. Vamos. *(Tendiendo la mano á D. Pedro.)* Adios, señor don Pedro .. señora... adios... para siempre!

HECTOR. Para siempre! El la ama á usted, Elisa.

FERN. Oh, calla! *(Ap. á Hector.)*

HECTOR. La ama á usted con toda su alma. Y al salir del abismo en que se habia precipitado, sus ojos se han abierto, y la ha visto á usted, tal como es, la ha amado tal como se merece. Usted, Elisa, ha sido su ángel de salvacion!

ELISA. La señorita de Manzano obtiene la preferencia de la señora condesa? *(Con ironía.)* Gran triunfo!

PEDRO. Eres demasiado cruel. *(A Elisa.)*

FERN. No, es justa. Ella era digna del amor más puro, y yo la he engañado, yo he vendido mi título por su dote, y ni aun he tenido la probidad de conservarlo intacto .. Sí, yo la he sacrificado por un insensato capricho, y apesar de tanta juventud, de tanta hermosura, de tantas virtudes, ha sido preciso

para iluminar á este ciego corazon salvar dos veces, en un mismo dia, mi perdido honor. Qué haré para reparar tanta crueldad? Tiene usted razon, señora, debe usted despreciar un corazon indigno del suyo; yo lo he perdido todo, hasta el derecho de quejarme, y no me quejaré... Vamos, Hector.

HECTOR. Sabe usted á dónde vá, Elisa?

ELISA. A dónde? (*Con interés.*)

FERN. Calla! (*A Hector.*)

HECTOR. Puesto que ya no te ama, puedo decirlo. Vá á batirse. (*Con intencion.*)

ELISA. Ah! Su vida está en peligro? (*Grito de interés.*)

FERN. Y qué importa!...

ELISA. Fernando... usted no puede batirse. (*Vacilando.*)

HECTOR. Lo ves, aun te ama. (*Bajo á Fernando.*)

FERN. Ese interés... ese temor!... Ah, Elisa! si esto es una verdad, si queda aun en ese corazon un resto de cariño para mí... diga usted una palabra... una sola! (*Suplicante.*)

ESCENA V.

Los mismos y MANZANO.

MANZ. Aun está usted aquí, señor Marqués?

ELISA. Vá á batirse! (*Alarmada.*)

MANZ. Un desafío!... Pst... Eso es de gran tono! Queridas, deudas, desafíos: amigo, ya se sabe. Quien tiene tierra, tiene guerra... Celos!!

ELISA. Supondria usted?... (*Ansiosa.*)

MANZ. Pondria mis manos en el fuego.

ELISA. Fernando, verdad que eso no es cierto?... No responde usted?

MANZ. Crees tú que él tendrá la franqueza de confesártelo?

FERN. Yo no sé mentir. Este duelo es lo único que me resta de aquel odioso pasado!

MANZ. Y tiene la imprudencia de confesarlo! Qué cinismo!

PEDRO. Hombre, si te callaras, cuanto más ganaríamos.

MANZ. Eso querriais los dos... que no hablara.

ELISA. Y ha tenido usted valor de decirme que me amaba? y yo tan necia que queria perdonarle, en el instante en que iba á batirse por ella!... con esta última ofensa se tendia un lazo á mi debilidad... Ah! señor vizconde!

HECTOR. Señora; Fernando ha dicho la verdad, este duelo es el resto de un pasado que detesta, y que él quisiera destruir para siempre.

PEDRO. Pero, esto es muy sencillo; si usted no quiere pensar más en esa dama, no se bata usted por ella, y asunto concluido.

FERN. Y cómo?...

PEDRO. Disculpándose.

FERN. Disculpándome! (*Ofendido.*)

PEDRO. Se está buscando el modo de dár á Elisa una prueba de su sinceridad de usted, y esta es la sola que puede ofrecerle, y no quiere usted imponerse una expiacion! Eso no es justo, no. El tiempo, puede ser una prueba á la cual se puede usted someter, pero no debe usted buscar la dicha, por un sacrificio que se conquiste en un momento. Este que le imponen á usted es muy grande, lo sé; pero si fuese más pequeño, podria redimir tantas culpas?

MANZ. (Este majadero está todavía empeñado en reconciliarlos.)

FERN. Yo haré con gusto el sacrificio de mi vida para reparar mis faltas, mas el de mi honor, la marquesa de Mora no lo aceptaria.

ELISA. Y si usted se equivocase? y si yo se lo pidiese á usted?...

FERN. Cómo! usted exigiria...

ELISA. Que usted hiciese por mí casi tanto como por la condesa? Sí, caballero... Usted consentia, *por ella*, en abandonar á su esposa, á su familia... y no se atreve á renunciar *por mí*, á un duelo... á un duelo que me ofende? Cómo podré yo creer en su amor de usted, si él és ménos fuerte que su vanidad?

FERN. Pero, qué se diria de mí, al renunciar este duelo?

ELISA. Quién osaria dudar de su valor de usted? Será acaso esta la primera prueba que ha dado usted de tenerle

HECTOR. No por cierto.

MANZ. Entónces, qué importa la opinion de un puñado de mequetrefes espadachines?... Tendrá usted en cambio el aprecio de mis amigos, y este debe bastarle.

FERN. Todo el mundo se reiria de mí.

HECTOR. Nadie se reiria de tí. Yo mismo llevaré tus disculpas.

FERN. Y tú tambien opinas?...

HECTOR. Sí, amigo mio, sí: la causa de tu desafío no es tan grave que no pueda arreglarse decorosamente, y el sacrificio que te exige Elisa no hiere en nada tu amor propio.

FERN. (*Despues de haber reflexionado.*) Bien, me disculparé... pero sobre el terreno.

MANZ. Es algo duro; pero yo haria lo mismo...

PEDRO. Decididamente tú quieres obligar á tu yerno á batirse?

MANZ. Quién, yo? Pues si hago cuanto sé y cuanto puedo para impedirlo!

HECTOR. Fernando, tú no tienes el derecho de rehusar esta prueba de cariño á tu esposa.

FERN. Pero... si esto es una mengua!

ELISA. Por ese precio, mi perdon.

FERN. Yo lo obtendré... pero dejadme ir al sitio designado.

MANZ. No le creas, Elisa, no le creas: cuando se vea con las armas en la mano, se batirá apesar suyo. Es como un nadador que dice que quiere ahogarse y una vez en el agua, aunque el mismo diablo le tire de los piés, no le zambulle, no.

ELISA. Si la señora condesa le prohibiese á usted el batirse, la obedeceria, estoy segura. Adios. (*Ofendida.*)

FERN. Elisa, en nombre del cielo!

ELISA. Usted no tiene más que orgullo.

HECTOR. Fernando, te juro por mi honor, que yo en tu lugar no vacilaria.

FERN. (*Despues de una lucha.*) Sea... Vé sin mí. (*A Hector.*)

ELISA. Ah, Fernando! Todo lo olvido. Nada tengo que perdonarte... Te creo... y soy dichosa... porque... aun... te amo! (*El marqués queda inmóvil. Elisa se arroja en sus brazos.*) Y ahora, Fernando, tu honor es el mio. Vé á batirte.

FERN. Ah, mi querida Elisa! Tú si que posees un noble corazon!

MANZ. Es de familia... eso sí... los Manzanos... señor marqués... los Manzanos!... (*Dándose importancia.*)

PEDRO. Dan poca fruta.

ELISA. Cuánto te amo!

MANZ. Eso no debe decirse nunca.

FERN. (*Sacando el reloj.*) Ah! Ha pasado la hora! (*Desesperado.*)

HECTOR. Entónces...

FERN. No importa, llegaremos los últimos, pero no faltaremos.

MANZ. Que no vaya usted á matar á ese pobre baron y tengamos otra historia que arreglar.

PEDRO. Tú siempre has de decir alguna simpleza.

FERN. Vamos, Hector.

HECTOR. Ea, basta ya de zozobra; no hay necesidad de salir. Sólo esperaba este momento de reconciliacion. Tu honor queda á salvo.

FERN. }
ELISA. } Cómo!

HECTOR. Cuando hace poco fuí á conferenciar con los pa-

drinos del baron, estos me entregaron de su parte este papel. *(Sacándolo.)*

TODOS. Una carta!

ELISA. Para Fernando *(Con ansiedad.)*

HECTOR. Sí. Toma. *(Dándola á Fernando. Este la presenta á Elisa.)*

FERN. Puedes abrirla.

ELISA. *(Con intencion.)* Y será la primera.

FERN. Oh! lo creo.

ELISA. La firma el baron del Prado. *(Leyendo.)* «Mi querido marqués.»

FERN. Fátuo!

ELISA. «El valor de entrambos es harto conocido.» *(Leyendo.)*

FERN. En diverso género.

ELISA. *(Leyendo.)* «Por lo tanto no titubeo en manifestar «á usted cuanto he sentido aquel instante impre- «meditado, hijo de la viveza de mi carácter.»

FERN. La viveza estuvo de mi parte. *(Haciendo señal de haberle sacudido.)*

ELISA. *(Leyendo.)* «Usted es el único hombre en el mundo, «ante quien consentiria dar mis disculpas, y yo «no dudo que usted las aceptará, por la sinceridad «con que están dirigidas.»

FERN. Ni más ni ménos.

ELISA. «Siempre suyo de corazon: El baron del Prado.»

FERN. Fátuo y cobarde!

PEDRO. Mi querido ahijado. Todo se vá arreglando. Ahora sólo falta...

FERN. Desde hoy emprenderé una nueva vida, digna y provechosa; y para romper desde ahora irrevocablemente con las locuras de mi pasado, pido á usted, señor don Pedro, una plaza en su escritorio.

PEDRO. En mi escritorio! todo un marqués!

FERN. No debo yo mantener á mi esposa?

HECTOR. Tú imitarás á los nobles Bretones, que depositaban su espada en el Parlamento ántes de entrar en el comercio, y que volvian á recuperarla despues de haber hecho su fortuna.

MANZ. (Cedamos, qué le he de hacer!) Muy bien, querido yerno; esos sentimientos son verdaderamente dignos, le honran á usted... Ahora ya podemos entendernos, háganse las paces, y quédese usted en casa.

FERN. Hagamos las paces; yo tambien lo deseo. Pero en cuanto á permanecer aquí, ya es otra cosa. Usted me ha hecho comprender, que debo ser dueño de mi casa... y no lo olvidaré.

MANZ. Y se llevaria usted consigo á mi hija? á mi Elisa?

(*Alarmado.*) Y me dejarian ustedes solo, en el rincon de mi cuarto? ingratos!

FERN. Yo vendré, con ella, á verle á usted todos los dias... y en nuestra casa será usted siempre bien recibido.

MANZ. Despues de tanto como me he sacrificado por ella, van á decir ahora, que mi hija es la mujer de un comisionista!!

PEDRO. No, Juan, no. Tu hija será la heredera del señorío de Mora, cuyo palacio se ha vendido esta mañana, y yo he comprado; y que con el permiso de su esposo, Elisa lo aceptará como mi regalo de boda.

ELISA. Mi buen padrino! Me permites que lo acepte? (*A Fernando.*)

FERN. Ah, señor don Pedro, cómo agradecer tanta generosidad!

PEDRO. (Es mentira... no se ha vendido. Pero cállate.) (*Bajo á Elisa.*) Yo dejo el comercio y me retiraré á su palacio de usted, señor marqués, digo, si me lo permite; y juntos cultivaremos aquellas tierras. La agricultura es tambien una noble profesion!

MANZ. Y yo?... y á mi no se me invita? Eso es; cria cuervos... y te sacarán los ojos... ingratos! Mi padre tenia razon.

PEDRO. Compra una propiedad, que dinero tienes para ello, y vente á vivir cerca de nosotros.

MANZ. Es verdad; gran idea! hoy mismo la pongo en planta.

PEDRO. Y ahora, ya puedes fincar y ser propietario, porque supongo que estarás ya curado de tu ambicion... digo, así lo creo.

MANZ. Oh! sí, curado!... Ahora, si se empeñasen... en elegirme... Estamos en el 72, con un poco de influencia podria ser diputado por Toledo el 73... Senador del Reino el 75... y baron, el... No, baron no, que despues de lo que he predicado me silbarian los electores...

PEDRO. Y lo mereces por ambicioso. (*Gritando.*)

MANZ. (*Tapándole la boca.*) Calla!... que podrian oirte y... (*Escamado.*)

PEDRO. Pues si recuerdan cuando les llamabas...

MANZ.
No provoques tal recuerdo!
Si conocen mi flaqueza
de fijo, sus votos pierdo!
Publica que están de acuerdo (*Al público.*)
el dinero y la nobleza.

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina y Navarro*, calle del Arenal, y de *Durán*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.